



Pilar Salamanca
A capella

edc
ediciones del Cirujano

ambas ~ 4 ~ **aguas**

Pilar Salamanca
A Capella
colección ambas aguas, 4

Pilar Salamanca

A capella

La Bañeza, 1.999

Fotografía de cubierta: Graciano Llamazares

Diseño de cubierta: Suco

© Pilar Salamanca

edC - ediciones del Curueño Primo de Rivera, 23 24.750 La Bañeza
(León) <http://www.edc-es.com>

I.S.B.N.: 84-923501-6-4

Dep. Legal: LE-935-1999

Impreso por: SORLES, S.L.

Índice

[María](#)

[Raúl](#)

[César](#)

[Laura](#)

María

Había llovido. No recuerdo la hora pero puedo oler todavía la lluvia a la luz de las farolas de la plaza... junto al balcón, esperando a mi padre: las siete, las ocho, no estaba segura pero tenía miedo, en fin, me daba un poco de aprensión ver en las aceras hombres y mujeres caminando con paso demasiado rápido y en la calzada chicos que venían del colegio y cruzaban sin mirar a los lados y se llamaban a gritos para alargar la tarde que, ya digo, empezaba a parecerse demasiado a la noche mientras el mundo a mi alrededor caía hecho virutas, se desmoronaba tan de prisa que ni todas las manos de todos los que entonces conocía hubieran podido impedirlo. Por un momento me pareció distinguir el suyo entre los sombreros grises que, pegados a la pared, se deslizaban en dirección a nuestro portal. Pero la cabeza pasó de largo y yo suspiré aliviada porque podía seguir esperando. Los susurros de mis tías en la cocina volaban por el pasillo hacia mis oídos, hacia la inmensidad azulina de las gotas atropelladas en los cristales. Cuando oí el timbre, volví a suspirar como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Por un instante, la rara tibieza de aquella tarde de mediados de enero disolvió la tensión amortiguándola en una especie de quietud resignada. Y de repente, hubo silencio en la cocina y de repente también hubo un revuelo entre los visillos donde yo me escondía. Y hubo tiempo para salir corriendo a su encuentro aparentando una sorpresa que no sentía, tiempo para reunir en mi cerebro las palabras necesarias y decidir no pronunciarlas nada más verle. Un instante, un instante apenas y entonces mi padre dijo: «Se acabó. Gracias a Dios, ya acabó todo». Y con un movimiento oblicuo de cabeza pareció hacer una señal a sus hermanas para que se reunieran con él en su despacho. Como puedes imaginar fui tras ellos. Dejaron la puerta semicerrada y no era difícil oír lo que decían pero cuando mi padre empezó a hablar de nuevo sus palabras sonaban incomprensibles: una lengua de esdrújulas y amortiguadas vocales somnolientas: adulterio Probado, testigos y patria Potestad, custodia. Recuerdo que, contrariada, miré a tía Lola. Recostada sobre el escritorio y con la cara levantada parecía beber las palabras que mi padre con un enorme cansancio, desgranaba pausadamente. A ratos ladeaba la cabeza y desde donde me encontraba, podía distinguir el latido de su yugular. Estaba muy pálido y sus ojos parpadeaban inseguros unas veces y otras, permanecían fijos en un punto indescifrable de sus manos que se abrían y cerraban constantemente. Entonces, a una pregunta de tía Blanca le oí contestar: «No, Laura no ha querido ver a los niños, No quiso verlos antes del juicio y se marchará de aquí sin despedirse de ellos» y me sentí muy satisfecha porque eso, al menos, sí pude entenderlo. También supe, no me preguntes cómo, que nunca podría olvidar esas palabras, que ese no ha querido ver a los niños se convertiría en el estribillo más repetido de todos cuantos he tenido la desgracia de oír a lo largo de mi vida. Entonces, tía Lola que no había dejado de mover obsesivamente

la cabeza de un lado para otro, dio un golpe en la mesa y levantando mucho la voz exclamó: ¡la muy desgraciada!.

Mi padre dijo que no gritara pero no importaba porque yo ya tenía todas las pistas necesarias. Mi madre se llamaba Laura. Mi madre se marchaba pero ¿qué más hacía? Estaba en Madrid con la abuela. Ellos habían dicho que se encontraba mal y necesitaba un descanso. Sí, estaba cansada, desde que nació Juan había cambiado, no era ella. Y luego, hace mucho, quiero decir hacía mucho cuando entonces, le oí decir que no podía seguir así. La veo llevándose las manos a la cabeza. De pie. Sí. Impaciente. ¿Seguir cómo? A ella no le gustaba estar sola.

Decidí escuchar... Porque las dos muchachas coincidieron en sus declaraciones y no se desdijeron. Me perdía de nuevo, únicamente el sonido de su voz, terriblemente denso, parecía reconducirme al punto de partida. No, Laura... Cada frase, cada palabra, hacía ondas alrededor de la pedrada de su nombre. Lo único que entendía de verdad. Me dolía la cabeza. ¿Qué habían dicho las muchachas?, ¿qué tenían que decir y para qué les habían preguntado a ellas? Al fin y al cabo no eran de la familia. ¿Declaraciones? ¿Qué quería decir eso? Estaba a punto de estallar de indignación. En cuclillas sentía cómo se me quedaban dormidos los pies pero no me atrevía a cambiar de postura para no hacer ruido. Y de nuevo la voz de mi padre que se había ido alzando poco a poco sin que él se diera cuenta: en mi propia casa ¿comprendéis...? por las tardes y en todo este tiempo ni una vez, ¡ni una sola! regresé antes de la hora. ¡Da gracias a Dios! exclamó tía Blanca con vehemencia ¡podrías haber hecho una locura! No sé por qué. No sabría decirlo, pero de repente me entraron ganas de gritar. Era como si mis gritos tuvieran vida propia y hubieran decidido salir a tomar el aire sin pedir permiso. ¡Cómo puedo expresarlo con palabras! ¡dios mezclado en todo esto! Tan tarde el dios éste, tan impuntual, y encima mi padre tenía que agradecer no sé qué. Bueno si eso le gustaba, era su problema. Agradecer. Se pasaban la vida agradeciendo y después de ese día, por raro que parezca, aún agradecieron mucho más. Yo no. Yo empecé a ser una desagradecida, al menos eso decían, Nadie puede imaginar lo mal que me sentía. Apenas puedo hablar de ello de lo que cuesta. Y sin embargo, de una manera u otra, se sigue viviendo sin saber exactamente porqué sí o porqué no.

Mi padre hizo una pausa. Mis tías guardaban silencio. Luego, uno a uno, fue estirando los dedos de la mano izquierda hasta hacerlos crujir. Después, repitió la misma operación con los dedos de la otra mano. Mana se irá a Huesca con Julia. Terminará allí el CUTSO. María era yo y Julia, la monja, la hermana pequeña de mi padre. Así que todo arreglado. Me iba al convento. Sí. Por lo visto ya estaba. Claro. Y como de costumbre nadie se había tomado la molestia de avisarme. A

mí. Pero no importaba. Lo sabía. No había nada que temer. Nada. Ellos se encargarían de todo. Desde luego. Porque a ver ¿qué había pasado? Estábamos en que mi madre se marchaba, eso al menos era seguro. Lo que yo no comprendía era por qué. Nosotros nos quedábamos. ¿Juan también? ¿y el niño? le oí preguntar a tía Lola. Mi padre esperó unos instantes antes de contestar. Su voz se había vuelto extrañamente opaca. Lo criaremos entre todos. De pronto, me sentí más insignificante que la más insignificante mota de polvo. ¡Anulada en la pequeñez más pura! De alguna manera yo era también mi hermano y mi hermano, un bebé, era menos que nada, apenas una presencia incómoda. Comprendiendo instintivamente que no quedaba nada por oír, empecé a recular procurando no hacer ruido. Al otro lado del balcón del cuarto de estar podía distinguir el rastro amarillo y difuso de la luz de las farolas sobre el pavimento mojado. Apreté la frente contra el cristal y seguí mirando hacia abajo, a la plaza. Ahora que se había hecho de noche, lo que fuera tendría que esperar hasta mañana. Fácil. Hasta entonces no había que preocuparse. Sólo pensar. En fin, al menos un poco, hasta que me durmiera.

[...]

Al principio fue difícil: no la veía pero seguía estando allí, rondaba como una sombra por las habitaciones casi vacías. Vacías de muebles —habían clausurado la gestoría— y de gente —las muchachas se habían despedido. Y ella. Ella tampoco estaba, claro. Tenían un aspecto horrible aquellas habitaciones. Casi a oscuras la mayor parte del día escondían la vergüenza y el desastre que había morado en ellas, traicionándolas, como se traicionaba mi alma en cuanto me dejaban sola frente a mis uñas que mordía inmisericorde, frente al miedo que empezó entonces a batir el collado de mi vida como un mastín, sí, un mastín asilvestrado. Recuerdo que solía quedarme quieta horas y horas tratando de averiguar de dónde venía • aquel dolor. Era como si me hubieran arrancado un brazo: durante meses seguí sintiendo cosquillas en el alma bueno, en las puntas de los dedos de mi alma, y seguí esperando que el brazo creciera de nuevo. Con el tiempo, dejé incluso de esperar un brazo y llegué a conformarme con que, simplemente, creciera algo en el hueco que ella había dejado. Viví con esa esperanza algunos años. Después la esperanza y las cosquillas fueron desapareciendo y no volvieron. ¿Qué? Sí, iba al colegio. A casa venía a buscarme mi tía y a la salida de clase también. Yo la esperaba, sin jugar nunca, a la puerta del patio viendo pasar a la gente, sin prisa, ensimismada, siempre tan ensimismada. Cuando llegaban a mi lado, fijaban momentáneamente la vista en algo que debía ser yo, —por raro que parezca me sentía mirada pero no vista— y continuaban andando con un paso demasiado

animado para mi gusto, demasiado indiferente ante mi desgracia. Sí. Pasaban empujados por la marea de la rutina como corchos ennegrecidos por el moho, inseguros hasta para soportar el silencioso grito de socorro de una niña de nueve años que en aquel entonces resultaba ser yo. Pero no, sí, hum, yo iba a contarte... no, otra cosa. Hablar de ella, ¿de quién si no? de cómo era o más bien de cómo la recuerdo.

¿Parecerse? Diría que a Ava Gardner, eso dicen, no, decían... ¡ah! ¡qué más da! Mi madre se parecía a Ava Gardner. La veo alta y hermosa con el pelo largo, castaño y ondulado sobre la frente. Un brillo apagado y oscuro aleteaba en sus párpados dando a su rostro y a sus grandes ojos verdes un aire inquieto, casi salvaje. Hablaba en voz alta y se movía bruscamente: la vitalidad contenida de sus gestos. A veces pienso que mi mundo era entonces muy pequeño —o quizá ella fuera demasiado grande— porque no puedo recordar nada, nada en absoluto que no esté relacionado con su presencia. Las salidas al Campo Grande, sus brazos eternamente, o casi, alrededor de mi cuerpo abrazándome, lanzándome y recogéndome en el aire. Por algún tiempo. Luego yo empecé a crecer y ella a cambiar, a hacerse más impredecible. Lo sombrío de su carácter, su risa cada vez menos frecuente y el profundo surco que apuntaba su entrecejo, planeaban sobre mi vida como enormes nubes preñadas de lluvia a punto de descargar sobre una débil maceta. Creo que coincidió con el embarazo de Juan. Tenía un aspecto extraño que me inquietaba vagamente. No era la conciencia de su estado lo que hacía nacer en ella aquella expresión ausente sino algo distinto, algo que no recordaba haber visto antes... una ira sorda, un profundo y rabioso descontento. [Algo más? No sé. ¿Qué era? ¿Qué hacía que su cuello se tensara tan rígidamente cuando, creyendo que no la observaban, se miraba de perfil en un espejo? Como si quisiera escapar de los contornos de su cuerpo. ¿Acaso no se gustaba? Cuando la veía, sentía que algo muy dentro de mí sabía, sabía sin saber que sabía, lo que pasaba por su cabeza. [Cómo? Y también ¿por qué? Tantas veces como intenté identificarlo se me escapaba entre las rendijas de la mente como arena entre los dedos. Parecía a punto de echarse a volar abandonando su piel. Ninfa de algún insecto gigantesco que ha dejado atrás el estado de larva y se prepara para su última metamorfosis. Recuerdo que su deformidad y el enorme volumen de su vientre me habían pasado desapercibidos hasta el día que, sin avisar, abrí la puerta de su dormitorio y la sorprendí desnuda ante el espejo. Desnuda y de puntillas con el rostro hinchado, el ombligo desafiante y la piel recubierta de una patina polvorienta, como de musgo trepando por la cara oscura de los árboles. Tuve que contener un grito. ¡Aujj! Un poco fuerte aquello ¿no crees? La primera vez que la veía así, desnuda. Y tuve que ser yo, precisamente yo, quién abriera la puerta. Me

quedé sin respiración. No sabía qué hacer, estaba completamente aterrada. Muerta de vergüenza clavé la vista en sus piernas, a la altura de las rodillas amplias y adormecidas, suavemente hinchadas y esperé su reacción sin atreverme a pestañear. En silencio, se volvió hacia mí con una medio sonrisa triste. Se cerró la bata y con un gesto distraído de los hombros borró, casi sin querer, la instantánea complicidad surgida entre mi sorpresa y la suya. No consigo acostumbrarme —dijo— estoy inquieta. Y miró por encima de mi cabeza fijando la vista en algún punto del vacío. Luego levantó las cejas como si se preguntara por qué y suspirando, dio media vuelta y salió de la habitación arrastrando los pies.

Alarma, alarma, algo me decía que sus palabras tenían algo de grito disimulado, pero yo... vaya ¿sabré decirlo? pero yo, sí eso es, estaba demasiado sorprendida para preguntar «¿cómo? ¿a qué no te acostumbras y por qué estás tan inquieta?» En lugar de eso, salí detrás de ella sin abrir la boca y aunque a partir de ese día me pregunté muy a menudo qué habría querido decir, fui incapaz de encontrar una respuesta.

El tiempo, a partir de entonces, fue pasando muy de prisa y yo cada vez la veía más enorme. Era lenta mi madre, muy lenta y pesada cuando se movía. Cualquiera hubiera dicho que nadara sumergida en el fondo del mar y cada gesto, marino como las algas, tuviera que desplegarse parsimoniosamente en medio de una corriente transparente. Pero no, era el aire. Sí, me refiero al aire que desplazaba ¡Se había cansado de sostenerla! tiraba de su cuerpo hacia abajo por mucho que ella se resistiera con las manos apoyadas en la cintura, a la altura de los riñones. Buenas alas sus brazos. Alas recogidas de ángel caído. Pero bueno ¿Qué tiene eso que ver con lo que iba diciendo? No mucho, la verdad, era tan sólo que intentaba recoger algunos trocitos de recuerdos que me sobraban, para ponerlos en su sitio.

Solía cuidar las plantas. Las de interior, repuliendo las hojas y regando, pero no entraba a la cocina aunque estuviese todo por hacer, decía que le daba asco y las muchachas, sí, vaya, creo que antes he dicho algo sobre ellas dos: Patro y Josefa que tenía una pierna más corta que la otra y llevaba un zapato con una suela increíble... sí, bueno, las muchachas la ponían enferma cuando hablaban de comida y mi padre se irritaba un poco y, cuando los hacía, alababa sus guisos para animarla pero ella se limitaba a sonreír y nada —todavía puedo verla apoyada en el marco de la puerta con el vientre abultado— decía que las embarazadas tenían ciertos privilegios y que uno de ellos, por ejemplo, era no cocinar. ¿Qué podíamos hacer? ¿Qué iba a hacer mi padre sino aguantarse y dejarla en paz? ¡Pero espera! ¡Espera! Ahora sigo con lo que íbamos. A medida que se iba acercando el día, se iba volviendo más rara ¿Quieres que te diga lo que hacía? Se

metía en su cuarto y se tumbaba en el suelo. No puedes imaginar lo quieta que se quedaba. Horas. Sí. ¿No es extraño? Recuerdo que no podía dejar de imaginar qué ocurriría cuando su piel no diese más de sí y, en un súbito estallido, los microscópicos amarres de sus células saltaran por los aires y con ellos, el infinito ombligo y todo lo demás. Pero no preguntaba nada, me conformaba con observar. Ni siquiera estaba segura de cómo podría contar esta historia una vez que hubiese terminado. Recuerdo también que un día la encontré en su cuarto tumbada sobre la alfombra como de costumbre. Me quedé mirando un rato y ya me iba cuando le oí decir: espera María, ayúdame a levantarme.

Bueno, se me cortó la respiración ¡aquella montaña! pensé, ¿y qué si no aguanto? ¿y qué si nos caemos los dos y el niño de la tripa se aplasta y después me echan a mí las culpas? Y entonces me di cuenta que me miraba de una forma especial como pie diéndomelo por favor pero sin atreverse a decirlo con palabras y pensé ¡Vale! ¡quizá pueda! De modo que la agarré del brazo con las dos manos y tiré con todas mis fuerzas. Entonces gritó «¡Cuidado, que me lo arrancas!» y se fue incorporando despacio para quedarse sentada primero y después, apoyándose en mí y en el borde de la cama, terminar levantándose como a cámara lenta. Yo pregunté: «Mamá ¿falta mucho?» Y «no, ya no falta nada» dijo. Y luego soltó una cosa muy rara: «¿Tu sabes quienes son los pigmeos?» No estaba muy segura, pero dije que sí, que creía que eran unos hombres pequeños. «Pequeños», repitió despacio, «pero listos. Ellos dicen que si no es aquí y ahora ¿qué importa dónde y cuándo?». Eso me contó mi madre ¿comprendes?

Pero entonces yo no comprendía, no se me alcanzaba qué relación podía haber entre el próximo nacimiento de mi hermano —que de eso se trataba ¿no?— y aquella historia de los pigmeos. No se le escapó mi desconcierto, desde luego, pero no dijo nada. Se dio unas palmaditas en la falda y con los dedos se desenredó el pelo y exclamó «¡pero qué le vamos a hacer, seguiremos esperando!» y suspiró tan hondo, tan fuerte, que turbó el azogue.

[...]

Algunos días después vi cómo metía unas cosas en la maleta. Vendrán enseguida. ¡Vendrán! Me sobresalté. ¿pero quién? ¡Ay! ¿Mi padre, quizá? Entonces ¿quién? ¿para ir a dónde? La clínica, ¡tenía que ser eso! Había oído decir que las madres iban allí a tener niños porque los médicos eran más listos que las comadronas y todo resultaba más seguro. O sea que el niño había decidido venir. Pude sentir claramente cómo el rencor ascendía por mi garganta como una uña fuego... como si la sola idea del hermanito a punto de llegar me hubiera abierto

una úlcera. ¡Se acabó la paz! ¿por qué ahora, precisamente ahora? Días sin gritos aquellos. Mi madre había dejado de protestar y mi padre parecía tranquilo. Albergaba la esperanza de que siguieran así mucho tiempo. Que siguiéramos así los tres todo el tiempo del mundo.

«¿Vendrá también papá?» «Pues claro. Tu tía ha ido a avisarle ¿Por qué me lo preguntas?» «No sé, pensaba que... bueno a él, ¿sabes?, no le gustan mucho los hospitales y esas cosas...» «¿Los hospitales? bueno, a mí tampoco, pero no queda otro remedio: vendrá a acompañarme y luego volverá a casa contigo ¿de acuerdo?» Miró a su alrededor como si hubiera olvidado algo. Luego cerró la maleta y apretándose el estómago con las dos manos, se dirigió al cuarto de estar.

La encontré asomada a la ventana. Hacía frío y había comenzado a nevar. El coche. Sí. Habrían ido a buscar un coche y ahora, bajo la nieve, estarían a punto de llegar. De prisa, de prisa. Aprovechar un descuido y esconderme en el maletero. ¡Enseguida! antes de que me echen en falta. Contuve la respiración. Después lo pensé mejor. No merecía la pena: no iban a darse cuenta. Nadie se daría cuenta. El ruido de la puerta al abrirse, al cerrarse de nuevo. Mi padre que entra precipitadamente en la habitación. Mi padre con la cara mojada. Polvo blanco sobre los hombros. «Hace muchísimo frío, abrígate bien por favor ¿dónde está la maleta?». Y sale corriendo a buscarla. Oímos un gemido ¡Ayy!, Ahhh! mi madre se retuerce ¡ayy, ayy! Demasiado tarde. Papá, papá ¡date prisa! Estoy petrificada. Eran gemidos, no puedo olvidarlos, bajitos como si estuviera cuchicheando con los dientes cerrados, la respiración agitada. Pero quizá, me decía, pasen pronto, los dolores ¡si no volvieran nunca! ¿pero qué ocurre, por qué duele? Hace unos momentos estaba casi bien ¡por favor mamá, que no te duela, por favor! Cerré los ojos con tanta fuerza que sentí un chisporroteo en el interior de mi cabeza. De repente desaparecieron ante mí los contornos de los muebles y en su lugar una lluvia de bengalas amarillas y malvas, rojas y verdes me hicieron olvidar por unos instantes dónde estaba. Me entretuve persiguiendo sus estallidos en el interior de mi cráneo, contemplando cómo aparecían y desaparecían, se entremezclaban chocando unas con otras y describiendo parábolas de luces de infinitos colores. Cuando volví a abrir los ojos, se habían ido todos.

Y sí, uhh, durante el resto de la noche no hablamos mucho y lo poco que se dijo, recuerdo, no tenía nada que ver con ella o con el niño. Mi abuela había preparado rosquillas de aceite y las tías me dejaron comer unas cuantas sin contarlas y yo iba cogiendo de una en una, con precaución, no fuera a ser la última, mirando de vez en cuando para ver si la abuela decía algo pero no, no parecía que esa noche las rosquillas importaran a nadie y para cuando dijeron que

me fuera a la cama, ya había terminado con el plato y estaba tratando de calcular cuantas habían sido por si preguntaban soltar un más o menos, alguna mentira aceptable que les dejara contentas pero al final, decidí que era mejor no abrir la boca y hacerme la dormida y estaba a punto de levantarme cuando, con el rabillo del ojo, vi estirar el brazo a tía Lola y mirar el reloj. «¡Hora de irse a la cama!» suspiró y después «la abuela se va a casa pero tía Blanca y yo dormiremos aquí, en la habitación de los papás y tú —mirándome— en la tuya. ¿De acuerdo?» y bueno, estuve de acuerdo porque no quedaba otro remedio y también porque no tenía que dormir en la misma cama con ellas tan mayores que daba calor mirarlas sin contar con que, probablemente, ocuparían todo el sitio.

Aquella noche tuve una pesadilla. Soñé que había una luz de plata que lo bañaba todo en oleadas como de miel transparente, espesas y lentas pero colgantes y en ese resplandor luciérnaga, la casa donde vivíamos no era la casa de siempre sino un ámbito vacío, un espacio de lienzo lleno de pliegues en el suelo, en las paredes, pliegues profundos de tela blanca y mullida que sofocaban las voces que se cruzaban mis padres cada uno en una esquina. Ella, la más cercana, se ajustó el cinturón de una túnica color niebla y me hizo señas con una mano lenta de uñas larguísimas y transparentes que recogían la luz a cucharadas. Me hacía señas y yo aparecía de espaldas empujando una silla de ruedas que, ahora que lo pienso, se deslizaba milagrosamente bien sobre aquellos cientos de miles de metros de tela, valles y montañas creados por una corriente de aire invisible que abullonaba sus formas borrando la huella de nuestras pisadas. Yo preguntaba «¿Para qué quieres...?» Y sin mover los labios, sin hablar siquiera, contestaba «Ayúdame a cruzar la calle», «¿Qué? Será la habitación «pensé. La habitación sería. Sí. Oía todo en mi cabeza. «Acércate». Pero ya estábamos cerca, uno al lado del otro. Creí que se había confundido. Me asusté y empujé la silla. Lo mismo que antes, sin saber cómo, y ya se había sentado. Entonces empezó a dar vueltas, cada vez más rápido. No quería. Ella me lo pidió. Cada vez más rápido. Faltaba el aire y yo intentaba parar pero aquello, lo que fuera porque ya no era una silla, se negaba a detenerse y ella, ¡Au! No puedo explicarlo. Gritaba «Tienes que...». Perdía su voz. A nuestro alrededor se había ido formando una espiral de lorzas que alcanzaba ya la altura de un acantilado y amenazaba con derrumbarse sobre nuestras cabezas. Gritaba «¡lo hice, lo hice!» y «¡Au! Espera, ya voy, ya voy!». Y yo entendía que debía lanzarla contra aquel suelo de frunces, mullido y profundo como una artesa de harina llena hasta los bordes, harina en polvo, suave como la seda para amasar el pan. Y la lancé. Y ella se hundió. Las hondas olas de tela se abrieron para recibir su cuerpo. La vi desaparecer allí abajo. Blanca. Entre las grietas de la blanca trama. Luego me desperté.

[...]

Cuando volvió de la clínica había cambiado. Hacía las mismas cosas y, sin embargo, parecía otra. Tenía un aspecto extraño cuando daba de mamar al niño, con la puerta de su habitación cerrada para que nadie la viera. Ella y el niño, durante horas, como si los demás no existiéramos. Los demás, es decir, mi padre y yo. Pensándolo bien, ni siquiera eso: Yo, yo era la única que parecía no existir porque, la verdad, él no paraba en casa y ella, cuando mi padre salía por la tarde, volvía a meterse en su cuarto. La veía cruzar el pasillo e imaginaba palabras que nunca me dijo. ¿Dónde has estado? preguntaría. Y yo, en ninguna parte, aquí todo el tiempo pero no te has dado cuenta. Me has asustado, diría, no te veía. Pero yo no respondería para hacerla sufrir un rato. ¿por qué no quieres decírmelo? ¿por qué, por qué? preguntaría... Pero mi madre no preguntaba nunca. Yo pasaba el tiempo mirando por la ventana, eso era todo. A veces, al volver del colegio, oía llorar al niño y me alegraba. No sabía por qué, pero me alegraba. Enseguida llegaba ella para acunarlo y al poco volvía a salir de la habitación para pedirme que no hiciera ruido, que el niño dormía. Recuerdo que durante aquellas primeras tardes, el tiempo era silencio, silencio más allá del silencio... y aunque al principio no comprendía, pronto me di cuenta que la desolación de aquella casa se había transformado toda en un silencio amargo, seco que nunca se rompería. No me llamaría a su lado. Seguiría allí, ocupada con el hermano mientras yo miraba. Con inmovilidad de árbol o de cosa. La miraba y sabía dónde estaba, de aquella forma, como si no existiera.

Un día, al cabo de dos semanas, dijo que quería ir al cine. Mi padre la escuchó distraído y contestó que procuraría arreglarlo para el sábado. Ella insistió en que tenía que ser esa misma tarde. Hablaba con voz intensa, suavemente, pero él seguía sin prestar atención y dijo algo de que avisaría a la tía para que viniera a cuidarnos, que de todas formas no podía esa tarde y tampoco la otra, que era jueves. Mi madre no contestó y a partir de ese momento pareció disolverse en una especie de somnolencia. Sus ojos se volvieron hacia la ventana y se perdieron en lo gris que las persianas estaban semibajadas, la calle helada... como pañuelos, los copos de nieve empezaban a revolotear entre los aleros. Siguió así mucho rato.

Cuando volví del colegio, no había nadie. Llamé y llamé pero no salieron a abrir y tuve que subir a casa del portero a pedir la llave. Fue la primera vez. Cuando abrí la puerta, miré a mi alrededor: la soledad de aquellas habitaciones, mil veces más solitarias que nunca, me oprimía con una desesperación tan grande, tan definitiva que daba arcadas. En alguna parte de mi cerebro empezó a sonar una sirena... una especie de aullido en picado que se desvaneció al instante. Supe entonces que no podía dejarme ir. Lo supe de la manera que lo saben los niños,

con la certidumbre que da el hambre o el frío. Encendí las luces y fui a buscar chocolate a la despensa. Después, en la habitación, me puse a hacer los deberes.

Al rato, oí cómo se abría la puerta. Salí corriendo a ver quién era. El aire frío del portal, las mortecinas luces empañadas con el vaho del invierno. ¡Y ella, con el pelo cubierto de nieve, llevándolo en brazos, envuelto en una toquilla, con el rostro pegado al suyo como si quisiera pasarle su aliento! «Hace tanto frío...» dijo. Y se quedó allí, quieta, con ojos de niña arrepentida, mirándome como si quisiera pedir perdón. «¡Tanto frío!» volvió a repetir. La cogí del brazo y tiré de ella hacia adentro. Antes de cerrar sentí el ascensor. Luego, unas pisadas. Ella miraba fijamente la puerta. Cuando vio aparecer a mi padre, se echó a temblar. Y él: «¿Cómo pudiste... Y se detuvo. Su voz chirriaba un poco pero cuando volvió hablar, el chirrido había desaparecido. «Puedo sostener al niño mientras te quitas el abrigo». Vi como ella le miraba agradecida. Lo sé porque, sin decir palabra, fue hacia él, se puso de puntillas y, con un gesto rápido, le dió un beso en la mejilla. Luego dejó al niño en sus brazos y empezó a desabrocharse el abrigo. Cerré la puerta. Silenciosamente, con el niño apretado contra su pecho, mi padre fue al dormitorio y después de poner aquel rebujo azul sobre la cama empezó a frotarle las manitas y a echarle el aliento en la cara. Friegas en la espalda. Sí, De prisa para que entre en calor. «María, llama a tu abuela, que avise al médico. María! ¿me has oído?» —siempre llamaba a su madre cuando había algún problema—. Volví sobre mis pasos y la vi apoyada en la jamba de la puerta, parpadeando a la luz como si se hubiera quedado ciega. Bajé la vista. Su rostro era ya el de una desconocida.

Cuando llegó el médico, mi padre había bañado al niño en agua tibia y le estaba secando con una toalla. Pude oír que hablaban mientras le volteaban de un lado para otro como si fuera un muñeco. Después el médico sacó el fonendoscopio de su maletín y frotó vigorosamente la cabecilla de metal contra su bufanda. «¡Hmm!» Miró a mi padre y sonrió. El, mi padre, no dijo nada, volvió la cabeza y encontró los ojos de ella por un momento. Luego, con la mirada perdida, dejó escapar un tremendo suspiro.

[...]

Creo que fue entonces cuando apareció Raúl. En fin, creo había aparecido hacía tiempo pero yo no lo sabía. De voz retumbante tenía, a diferencia de mi padre, mucho pelo. Corpulento y de hombros muy anchos, desplazaba tanto aire a su alrededor que difícilmente podía pasar inadvertido. Su forma de hablar era rápida con altos y bajos como si estuviera tarareando. Toda su actitud, entusiasta y atenta. Por esto y por el chispeante brillo de sus ojos, daba la impresión de una gran vitalidad y juventud. De hecho y como todos tuvimos ocasión de comprobar

más adelante, no sólo era activo sino muy alegre. Mi madre sonreía a menudo cuando estaba a su lado. En realidad, nunca la había visto sonreír tanto como entonces. Me ponía contenta cuando él andaba cerca porque entonces mis padres hablaban entre ellos e incluso llegaban a gastarse alguna broma. El por su parte, los trataba como a dos hermanos pequeños. Mi padre decía que era un gran amigo y que la gestoría que iban a montar sería un éxito porque Raúl estaba muy bien relacionado, había sido alcalde de un pueblo — no recuerdo cuál— y eso, por lo visto, era una ventaja.

El despacho lo instalaron en nuestra casa, en las habitaciones de adelante. Una grande y como doble, con un arco de escayola en medio y otra pequeña, al lado de la puerta, que

hacía de recibidor. Mi madre ponía flores en las mesas y cambiaba el agua de los jarrones todas las mañanas. Lo hacía en silencio mientras yo la observaba pero, a diferencia del silencio de antes, este era ligero, como si fuera a echarse a cantar de un momento a otro. A veces, al verla así, tan leve, me preguntaba qué estaría ocurriendo y entonces recordaba: está alegre porque tiene cosas que hacer: coge los recados por teléfono y apunta las citas en una agenda, cambia las flores y esas cosas. Según mi padre «se distraía» porque siempre tenía a alguien con quien hablar. Ese alguien, desde luego, no era él sino Raúl, aquel hombre cuyo nombre parecía no borrarse de sus labios. Mi padre contó que se habían conocido antes de la guerra. A mí siempre me pareció raro que dos hombres tan diferentes hubieran llegado a ser amigos.

Si mi padre hablaba de Raúl, ella no decía nada, suspiraba. Suspiraba también cuando estaba cansada pero él tampoco se enteraba. Recuerdo que cuando estaban los tres juntos no paraban de hablar: problemas del trabajo y cosas así. Otras veces hacían planes para el verano. Luego, volvían a recordar los años de la guerra y los compañeros de entonces. También se preguntaban si Laura, mi madre, sería capaz o no de hacerse cargo de los asuntos de oficina. Cuando ella les oía decir eso, pegaba un respingo. La verdad es que, normalmente, la mayor parte de lo que decían no me interesaba gran cosa. Lo que de verdad me asombraba era la extraordinaria influencia que Raúl parecía ejercer sobre ellos: la tirantez desaparecía casi por completo y una tibieza semejante al verdadero aprecio suavizaba un tanto las heladas aristas de su trato. Pero era extraño, sin poder evitarlo, a veces me sentía un poco inquieta, un poco expectante como si todo fuera demasiado bueno o demasiado irreal para ser cierto. [Por qué no hablaban igual cuando no estaba él? Por ejemplo, si delante de Raúl mi padre decía que no le gustaban las mujeres que trabajaban fuera de casa, mi madre hacía como que aquello no la importaba mucho y en lugar de llamarle imbécil, interrumpía casi

dulce con un diplomático «no estoy de acuerdo» o «justamente lo contrario, me parece...» y para terminar, preguntaba siempre «¡Tú qué dices, Raúl?» Y bastaba con que Raúl dijera que sí, que bueno, para que mi madre resplandeciera como una estrella. Era milagroso. [Por qué mi padre no lo había conseguido nunca? ¿por qué nadie la hacía reaccionar así? Nada. Nunca. Nadie, excepto Raúl.

[...]

«¡Ni una sola vez! , ¡Ni una sola!» repitió mi madre con énfasis, «¡Ni siquiera de soltera, en Madrid!» Madrid. Ese nombre sonaba exótico. La capital de España era para mí, que no la conocía, la inverosímil promesa de un mundo lleno de túneles de metro, de zoológicos, de casas de campo y de bernabeus. Toda mi atención se orientó hacia el teléfono. Siempre valía la pena escuchar alguna cosa relacionada con ese paraíso.

«¡Palabra de honor, Lili querida!». Mi madre hablaba con su amiga. «¿Y qué? ¡Por dios! ¿Cómo iba a imaginarlo? ¡No tenía ni idea!». En la mano derecha sostenía un lapicero que, distraídamente, deslizaba de cuando en cuando sobre una agenda dibujando algo que yo no alcanzaba a ver desde donde me encontraba. «Creo... bueno ¿no es raro? así tan de repente y los dos a la vez, como si hubiéramos estado esperando lo mismo. Si, no, no había nadie, bueno, las chicas solamente, ahí de Pie, él ahí de pie con la boca entreabierta como Pensamientos, caracoles introducidos entre las hojas de una berza, la imaginación de un primate, el deseo de un niño, la inoportuna agudeza de la más estricta casualidad. Sentí un enorme peso colgado, no sabía dónde, pero balanceándose exactamente encima de mi cabeza a una velocidad apenas perceptible que se iba acentuando sin embargo, con las mínimas corrientes de aire. Poco a poco, cada vez más rápido, cortaba el aire como cuchillo

caliente la mantequilla, los minutos, la mantequilla, derritiéndose lentos, desconocidos. «Comprenderás que no puedo negarme... ¿quién sabe? ¡Por una vez en la vida!» Mi padre y Raúl habían salido juntos ese día y se suponía, es decir, mi madre suponía, que yo estaba en mi cuarto haciendo los deberes. «Te diré algo: Por una parte lo siento... sí, de veras lo siento. Quiero decir que alguien como él no se lo merece ¿verdad? Ya... sí, claro que te entiendo, me refería a su forma de ser con los niños, conmigo ¿comprendes...? bueno... eso es otra cosa ¿no? ¡No puedes evitarlo! ¿Cómo? ¡Pues que digo que no puedes evitarlo, vamos que en el fondo no puedes Porque no quieres una vez que...!».

Como si golpearan las membranas del silencio con un enorme mazo de cobre verduliento, se me hizo el vacío en el cerebro y miré a mi madre horrorizada. No sabía de qué estaba hablando y durante mucho tiempo seguí sin saberlo, sin embargo intuía que todo lo que decía era definitivo. Pensaba: ahora, ahora

enseguida. Tengo que... ¡Salir de aquí! Pero no podía moverme. «Hay noches en que juraría haberme oído decir su nombre, hablar en sueños ¡sería horrible que se enterara! Quiero decir así, de repente». Y levantando la vista por encima de los desajustados cuadros que decoraban la pared, los historiados marcos, las cortinas, levantando los ojos observó el oscuro pliegue del techo detrás de la escayola y desplazó su mirada al otro extremo de la habitación donde la puerta entornada cubría disimulada mi sombra volviendo después la mirada hacía la luna del armario, hacia su propio, hermoso rostro extraño. En la calle, bajando la suave pendiente de la pequeña plaza que había delante de casa, los coches se deslizaban como chorros de tinta a presión frizzzzz, frassssss y el brillo de sus faros estrellaba retazos de chispas contra el espejo. Las paredes. «Oye, escucha Lili... no, no voy a decir nada todavía. ¿Tú? ¡Claro, faltaría más! ¡Ni una palabra! De momento... para asegurarme... sí, asegurarme... todo demasiado intenso... ¿feliz? no sé, yo no... en fin ¡sí! pero no lo llamaría felicidad... ¡Cómo? ¡Ay, es como si doliera!».

1

Inconscientemente me llevé las manos a las orejas, sentí que todo daba vueltas. Había algo en su voz que sonaba a queja. Duele decía. [Qué duele? ¿Cómo? ¿Por qué? Demasiadas preguntas para un desconcierto tan grande como el mío. Eran, además, preguntas retóricas que yo me hacía sin esperar respuesta. Preguntas inútiles, sin sentido. Sabía sólo que tenía que hacerlas y eso también dolía bastante,

Lenta, lentamente mi madre colgó el teléfono. Pero antes de darse la vuelta para salir de la habitación siguió allí un rato a obscuras, sin moverse. Por tu parte, pensé, será mejor que desaparezcas antes de que ella se de cuenta de que has estado escuchando. Sí. Creo que fue entonces cuando empecé a hablar conmigo misma como si de verdad fuera otra. Encontraba cierto consuelo en comentar con mi otro yo lo que debía o no debía de hacer en un momento determinado. Es una costumbre que practico todavía. Me hace compañía. Así que salí de las sombras a la luz del pasillo vacío procurando no hacer ruido. Paso a paso, como un pequeño gato inconsciente cuyo mirar y entender se encuentra más allá de la humana comprensión. Sentí un calor horrible en las orejas mientras conservaba en los ojos, congelada e inmóvil, la imagen del rostro de mi madre en la luna plateada del espejo. Unos pasos y llegué a mi cuarto. Cuando apareció detrás de mí, en la puerta, ya estaba haciendo que hacía lo que se suponía que debía de hacer. «¿No has terminado?» preguntó. Y yo: «Casi». Y ella. «¿Quieres merendar?» Levanté la vista sobresaltada. La idea persistía. Ella. El rostro helado. Mi madre miraba desde muy lejos y en un gesto que ya casi tenía olvidado, me atrajo hacia sí. La

mullida tibieza de sus pechos. Permanecimos en silencio unos minutos y luego me soltó. Su expresión había cambiado. Sus rasgos, normalmente ascendentes y redondeados, se afilaban ahora atirantados como sus ojos, casi oblicuos, en dirección a las sienes, Parecía más delgada. Hubiera querido decir algo pero no me atreví. De pronto, me di cuenta que se estaba despidiendo. En fin, no exactamente. Era como si supiera que no quedaba mucho tiempo para estar juntas. O no. Quizá eso no lo supe entonces sino mucho más tarde, casi ahora, hace algunos meses. Bajé la vista. Ella se acercó a la pared y se detuvo ante un calendario del Domund que colgaba al lado de mi cama. Recuerdo que pasó las hojas una a una y se detuvo en diciembre. Diciembre de 1.955. Luego volvió a dejar caer las hojas bruscamente, como si pesaran. Al pasar por mi lado, me miró y la vi sonreír.

[...]

Había transcurrido un año desde entonces. Exactamente nueve meses. Y el tiempo, nunca mejor dicho, había dado a luz una fuga, diversos careos, la clausura de la oficina, varios viajes relámpago, un revuelo general en dos familias, un juicio y diversas historias paralelas que se fueron descubriendo al hilo de la de mi madre. De pronto, la ciudad entera se había vuelto adúltera. Ni idea sobre lo que quería decir esto. Ni siquiera sabía que podía buscarlo en el diccionario. Yo lo único que sabía es que mi madre se había marchado con el mejor amigo de mi padre y que, por el camino, habían ido dejando caer los cadáveres: el de mi hermano, el mío, el de Nucha, Felipe, Rosa y Carmina los cuatro hijos de Raúl, el de mi padre, el de Marisa la mujer de Raúl, el de mi abuela que después de aquel escándalo no volvió a recuperarse... Los cadáveres, sí y poco más. ¿Que si hubieran podido evitarlo? No, no lo creo. Faltaban alternativas. Era eso o nada. La vida. Caminando hacia ella con todos los pulsos de su alma, mi madre volvía a inventar el fuego, un fuego neolítico, la chispa, la luz iluminando los recodos polvorientos del sin vivir que, unos más y otros menos, todos arrastramos. ¿Quién hubiera podido acusarla? Solamente en esa dirección recuperaba ella la fuerza de todo el entusiasmo acumulado, sus sueños de niña, las enormes carcajadas que recuerdo, los ruidos y los colores que guardaba, sin estrenar, envueltos en el papel de seda de las convenciones. Sí. Con él descubrió no la resignación ni el miedo, sino la libertad más extraña, la más extraña lucidez.

Y si ahora que ha muerto quieres saber lo que pienso te diré que lo siento. Nunca pude acostumbrarme a vivir sin ella pero de alguna manera siempre supe, incluso en los mejores momentos, que no me pertenecía. Mi madre no era mujer de un solo papel. Tenía un nombre: Laura. Además ¿quién soy yo para juzgarla? A su manera me enseñó a querer con fuerza lo que se quiere. Queriendo.

Absolutamente. Podría llamarse egoísmo. Pasión. Destino. Amor. ¿Que más da?
¿Acaso el nombre hubiera cambiado su vida? Un día se fue y nunca pudo volver.
No quiso. No le dejaron. Se fue. Así terminó todo.

Raúl

Cuando te ves obligado a ir en busca de recuerdos que justifiquen lo que la vida te ha ido poniendo delante, se produce una situación curiosa. A veces, esos recuerdos te esperan en el mismo lugar que los dejaste, entonces te inclinas, alargas la mano y los echas al cesto como si fueran uvas. Otras, sin embargo, por más que busques no encuentras ni la más pequeña señal de tu paso por un camino que, estas seguro, has recorrido un millón de veces. En ese caso, no queda otro remedio que inventar, los recuerdos digo, porque de lo contrario te ves obligado a aceptar que esos hechos que siempre te habían parecido trascendentales han terminado siendo como los demás, es decir, insignificantes. Y claro, cuando resulta que tu vida, o al menos parte de tu vida, se ha visto condicionada precisamente por esos detalles que no recuerdas, te encuentras un poco indefenso ¿no? sin poder explicar, sin poder contestar a un montón de preguntas.

Queda todo muy lejos; el desconcierto, el hombre que fuiste, la pasión encallada que no dio paso a otra cosa que a una infidelidad constante para consigo misma, la mujer que fue ella. ¿Cómo puedo recuperar aquellos sentimientos que compartimos si ni siquiera sabía que tenían un nombre? Hace tiempo que los aparté al darme cuenta de que ya no me pertenecían del todo. Tengo que confesar, además, que no estoy seguro de echarlos de menos.

[...]

Y a pesar de todo, he tratado de hacer un esfuerzo. El resultado ha sido toda una historia, un conjunto de conexiones entre unas experiencias y otras, más o menos reales todas ellas, más o menos inventadas, pero que funcionan como la explicación probable de lo que ocurrió aquel año. Soy consciente sin embargo de que esta explicación, bastante precisa por otra parte, se parece demasiado a otras historias, tiene en común con ellas una especie de estribillo que la despersonaliza un tanto. Así que temo que verbalizarla, contárselo a alguien por primera vez en mi vida es una equivocación y lo que es peor, un intento condenado al fracaso: al final, cuando se haya dicho todo, lo escrito no será mi historia sino una simple historia en la que, ¡velay! sucede que yo también tomé parte.

Una historia que, cuando la recuerdo, se me aparece como un remolino de viento y arena al borde del desierto en que después se convertiría toda mi vida. Estoy pensando en algunos detalles a los que entonces no di demasiada importancia pero que ahora aparecen con la fuerza de presagios. Oscuros presagios. Cierro los ojos y me veo en la Casa de las Fieras. La experiencia de contemplar la piel negra y brillante de una pantera de ojos oblicuos, verde centelleante, evoca en mi memoria el misterioso magnetismo de la piel de Laura cuando la vi por primera vez: una atracción súbita y súbitamente congelada al instante de concebirla. Resulta difícil de explicar: su piel despedía olas de un frío

ardiente, lánguido, sin dirección controlada; una piel que no le pertenecía, que se pegaba a los huesos de su cara, de su cuello, como una gasa tirante y húmeda. Era una piel que no tenía respuestas. Era una piel que no se acercaba. Que no servía para acompañar. En ese instante supe que sería mucho más mía de lo que ella hubiera querido ser nunca. Que lo sería incluso más de lo que yo hubiera deseado. Todo lo que tengo que hacer para conseguirla, pensé, es mantenerme a su alcance, tener cuidado de no ser yo quien dé el primer paso.

Pero quizá no fue así, ocurre seguramente que con el tiempo uno termina por imaginar lo que pudo haber sido y la memoria se contamina con estos fantasmas: se hace imposible aislarla y eso es precisamente lo que me inquieta; porque, en fin, si mi historia no fue como la recuerdo ¿cómo fue en realidad? Ahora nadie podría decírmelo y yo no sabría nunca si ha merecido la pena.

No necesito decir que era muy hermosa. La veo en el mercado del Val, cerca de San Benito y la sigo sin que se dé cuenta entre los tajos de carne sangrante colgados de los ganchos y las cajas de pescados destripados y los dulces perillos y las pastas. Y la sigo por la Acera de San Francisco el domingo por la mañana cuando ella decía que iba a misa a Santiago y no iba y tampoco había un alma en todo el paseo donde resonaban sus pasos, los míos, como pezuñas de caballo al trote. Y luego, cuando supe quién era, la seguía, cada vez más cerca, por los pasillos de aquella primera casa suya de la calle León, antes de que se trasladaran a la plaza de Madrid, llena de alfombras y con una sillería extraña, curvas de mullido raso que a veces llegué a rasgar con las uñas en un desesperado esfuerzo por contenerme. El olor de gas del alumbrado penetrando en los pisos por escaleras y patios y a través de los balcones. El olor a cocido.

Debería pedir perdón por estas divagaciones pero aquel mundo minúsculo me tenía cariño. Lo notaba en esa clase de condescendencia que reúnen los objetos, los olores y las calles cuando no quieren que nos apartemos de ellos. Es un olor suave, a petunias, un poco adormecedor. Todavía lo siento. Y no es que allí fuéramos muy felices; al menos, felices con mayúscula, pero éramos más jóvenes y eso, incluso entonces, significaba algo.

Durante años, recorrí aquellas calles sin saber que ella las recorría también. Por los oscuros rincones de San Martín y detrás, donde el camarín, anduve buscándome la vida por barrios antaño llenos de conventos y de escudos grabados en contrafuertes de piedra caliza tan desgastados y borrosos que más se dirían fondo de lago en algún cotarro de la meseta. La luz entraba en los callejones casi vertical. Entre las paredes, en las profundidades grises del asfalto, esa luz adquiere una extraña calidad óptica: uniformiza hasta tal punto los volúmenes que uno tiene la impresión de que desaparecen. La misma luz ilumina los vestidos de las

mujeres que pasan y los convierte en sombríos retales llenos de humo. Al caminar, sus topolinos pisan con tiento los baches. Todas las superficies parecen más planas de lo normal. En esas calles, todo pierde corporeidad.

[...]

¿Nadie te ha hablado de las calles, las casas del Valladolid de los años cincuenta? Date una vuelta sin prisas por alguno de esos barrios, puede que aún llegues a tiempo de comprobar lo que te digo. Sin árboles. En algunos rincones crecían las acacias. Las que daban al norte, criaban musgo. En invierno, las ramas muertas aparecían festoneadas de vainas oscuras semejantes a habas secas. En otras, se pegaban los líquenes como verrugas blanco mate.

Creo que aquel escenario ha determinado de algún modo mi vida. Su recuerdo, quiero decir. Aunque tengo otros de lugares más cercanos, mucho más espectaculares, parece como si les faltara peso y tuvieran la incalificable tendencia a volatilizarse como perfume barato. Pero aquellos no, a fuerza de repetidos, han dejado ahormada mi alma. Imborrable. Todo lo que vino después resultó ser un dibujo a escala, mayor pero desvanecido, del mundo que conocí entonces.

Confieso que, quizá sin darme cuenta, estoy tratando de ganar tiempo: es natural. No obstante, para un hombre de mi edad, hay algo ridículo en este dar vueltas antes de entrarle a un relato que debiera ser sencillo. Es humillante pensar que en el fondo, probablemente, lo único que intento es justificar, me. Me echaría a reír si supiera escribir las carcajadas. En fin, no sé por qué, pero la verdad es que todos intentan justificarse antes o después. Debe ser algo que llevamos en los genes. Pero dejemos esto porque presiento que lo que estoy diciendo cada vez se vuelve más confuso.

Conocía a César, su marido, de tiempo antes. Nunca me había interesado especialmente pero desde el instante que supe que era el marido de Laura, decidí hacer todo lo posible por reverdecer nuestras antiguas experiencias de compañeros de armas. Les presenté también a mi mujer suponiendo que las cosas resultarían, a Laura y a mí, mucho más fáciles si ellos llegaban a congeniar —lo que en efecto sucedió—. Llevábamos saliendo juntos algún tiempo cuando Laura volvió a quedar embarazada. Fue entonces, creo recordar, cuando se trasladaron al piso de la plaza Madrid. La casa era nueva y muy amplia con los marcos de las ventanas recién pintados de un color muy parecido al de la fachada. Con la luz, despedían un suave centelleo, como unos zapatos de charol recién estrenados. Solía mirar arriba desde la calle: las cortinas, parecían esculpidas en piedra de tan inmóviles, los capiteles que enmarcaban las ventanas de toda la casa le daban un cierto sabor clásico, en mi opinión, muy elegante. Aún hoy sigue pareciéndomelo aunque, no

sé por qué extraño misterio, da la impresión de que toda ella hubiera encogido. Si no me crees, pasa delante de esas puertas y dime si no las ves excesivamente estrechas. El ruido es otra cosa. Antes, el silencio de la calle consistía en un zureo provocado por la respiración de los viandantes mezclada a ratos con la fricción de los neumáticos de los coches, los pocos coches que entonces circulaban alrededor de la plaza. Este zureo, por decirlo de alguna manera, incluía también el ruido de los balcones al cerrarse, los ladridos sofocados de algún perro. En realidad, sé que no hablo exactamente de silencio, este recuerdo viene a mi memoria en puro contraste con el estruendo provocado por la circulación actual. Y sin embargo, a pesar de tanta placidez, si te fijabas un poco} no tardabas en descubrir que todas y cada una de las viviendas desprendían una grisura tan homogénea y lo que es peor, tan aferrada al orgullo de sí misma, que daba horror, daba horror mirarlas, imaginar que por dentro pudieran ser igual.

A medida que fui avanzando en lo que luego resultó ser mi historia, vi cómo cambiaban de forma y color los espacios internos de aquella fachada. El color y la forma pueden aliarse para provocar, allí mismo, entre el vecindario provinciano de una casa provinciana, un drama provinciano y al mismo tiempo, perfectamente universal. Yo mismo creí durante mucho tiempo que lo nuestro era un drama. Pero ahora no estoy seguro, no sabría siquiera definirlo. La vida está llena de matices y las definiciones corren el riesgo de simplificar en exceso. Incluso nuestra vida, lo único que tenemos, es bastante complicada como para atrevernos a darle un nombre. Nuestra vida es una mezcla de todo: de lo que nos enorgullece y de lo que nos avergüenza, de drama y de comedia. Fuera de ella no existe nada y todo lo demás tiene la exacta medida de lo que nos alcanza. Las palabras no sirven. Y sin embargo, no tenemos otra cosa...

[...]

No deseo ser perdonado. Ni siquiera me interesa que me comprendan. No estoy pidiendo nada. Escribo para ordenar mis pensamientos y tengo derecho a esperar que si} alguien los lee, les conceda, al menos, tanto crédito como a los de los demás. Sólo eso.

Me parece recordar que yo no era lo que se dice un hombre desgraciado. Hubiera podido decirse, más bien, que estaba sosegadamente aburrido: familia, hijos, trabajo y, de vez en cuando, el Blanca Mari, un bar de alterne donde solía ir de copas con los amigos. Aquellas salidas no eran frecuentes: en el fondo me parecían de mal gusto, sentía que estaba desperdiciando algo —no estaba muy seguro qué— con tías que no se lo merecían y que me hacían sentir tan mercenario como ellas sino más ¿Mi matrimonio? rutina bien llevada, una intimidad tan familiar, tan reposada que había acabado sofocando en mí toda

curiosidad y extravío, el ímpetu del deseo, suponiendo que lo hubiera sentido alguna vez y, en general, cualquier veleidad de cambio.

Hasta que apareció Laura. Dicen que no se siente pasión por lo que se respeta ni quizás por lo que se ama. Creo que están en lo cierto pero no recuerdo cuando me di cuenta. Pequeños sueños que se repiten, gestos antiguos e inconscientes demuestran que haría falta remontarnos casi a la infancia para comprender qué clase de instinto va a condicionar nuestra vida: el instinto de supervivencia, el de la muerte, tal vez los dos al tiempo. Las tentaciones que nos acosan a lo largo del vivir, son consecuencia de estos instintos. Y todo lo demás, es consecuencia de ellas. Pero a lo que iba: mi encuentro con Laura debía de estar escrito en las estrellas. Nuestras vidas quedaron en suspenso, todas las decisiones indefinidamente aplazadas. Fue un golpe de calor, una insolación. Conseguirla formaba parte de mis instintos, cualesquiera que estos fueran y, justamente porque desearla era natural en mí, no me di cuenta de lo que esto significaba. Hay que vivirlo para saber cuan fáciles y espontáneos resultan ciertos actos que la mayoría juzga reprobables y que, aunque seguramente lo sean desde ciertas perspectivas, no pueden ser condenados automáticamente.

Desde el principio, ella pensó en mí y yo en ella, a cada instante. Ahora creo que escogí a esta mujer al mismo tiempo que me apropiaba de ella. Tanto más seguro de mi decisión cuanto que la soñaba mía en exclusiva. Por encima de César desde luego. Con el tiempo, acabó por pertenecerme en cuerpo y alma y entonces pude decir que la había elegido. Sin embargo... Sí. Sin embargo, me preguntaba con miedo cuánto duraría el encantamiento, cuando dejaría de encontrarla tan deseable y cómo su sola presencia se las arreglaría para justificar el ideal que yo había creado al apropiármela. Creo que ella por su parte, no lo dudó nunca: quería que fuésemos amantes. Eso al menos, lo tenía claro desde el principio. Con todo, había algo en Laura que siempre me pareció extraño: una mujer medianamente educada sin fortuna propia que nunca tuvo miedo al escándalo que podía llegar a provocar, que se atrevía a decir en público que no entendía por qué la voluntad individual había de someterse a los preceptos de la moral tradicional y que además, disfrutaba desafiándola siempre un paso más allá de los límites socialmente aceptados. Una mujer así, digo, se acurrucaba en mis brazos con la dejadez de un gato, contenta de sentirse abrazada pero, al mismo tiempo, un tanto indiferente no sólo a la pasión que provocaba sino también a la suya propia. Era como si no estuviera del todo allí, a mi lado, a pesar de sus gestos de ternura, a pesar de la intrincada sexualidad de su cuerpo, tan delicada, tan impredecible.

[...]

Recuerdo que aquella tarde, tres meses después de nacer Juan, su hijo pequeño, nos habíamos quedado solos en la casa. Era jueves y las criadas habían salido, César no había vuelto y María estaba con la abuela. Laura no dejaba de entrar y salir del despacho sin motivo aparente. Me estaba poniendo nervioso. Sus movimientos, cualquiera de ellos —caminar, arreglar los almohadones del sofá, abrir una revista, alisarse la falda cuando se levantaba— sugerían una tensión, un énfasis fuera de lo corriente. Como si fueran los últimos, o mejor, como si fueran los únicos que pudiera hacer en esos momentos, Laura pertenecía a esa clase de mujeres que nunca pueden terminar de conocerse a sí mismas. Sus propios actos, la mayoría de las veces no premeditados, constituían una verdadera sorpresa, en primer lugar para ella, luego, para todos los demás. Ese desconocimiento no era el resultado de ninguna neurosis ni de una imposibilidad física de introspección, sino, más bien, de saber desde siempre como sabe un animal, por pura intuición, que para sobrevivir es más importante reaccionar rápida y adecuadamente que prever concienzudamente nuestros actos. Según ella, el futuro nunca acaba de llegar, No tenía demasiado sentido hacer planes,

Bien, como decía, Laura entraba y salía sin acabar de decidirse. Por fin vino a sentarse a mi lado y empezamos a hablar.

Me dijo que desde que había nacido su hijo se sentía mal, que no dormía, Estaba segura que después del primer parto no se había sentido así. [Cómo? le pregunté. Con esta angustia, con esa sensación aplastante de haber cometido una equivocación rotunda, aplastante y de por vida, contestó. Habló también del sufrimiento de verse atrapada, cada vez más atrapada y sin salida y de ese miedo que entra en nosotros y nos domina con una sensación que nos parece siempre nueva porque de una a otra vez se nos olvida. Y lo peor de todo —añadió— es que no aprendemos nada. Lo sentimos una y otra vez pero no lo relacionamos con sus causas. Se refería al dolor de haber nacido mujer y de saber que nada había a su alcance para remediarlo. Ni al mío. A ratos no podía entender lo que me decía, ni qué tenía que ver su condición de mujer y esa clase de dolor con lo del hijo. Recuerdo que intenté consolarla con un par de obviedades, le decía que la vida no tenía por qué seguir siendo siempre como aquel muro gris del que hablaba, que en el fondo merecía la pena y que, hasta cierto punto, nosotros teníamos en nuestras manos la posibilidad de cambiarla. Lentamente, como una especie de respuesta que yo me daba a mí mismo, el pulso empezó a saltar dentro de mi pecho. Me di cuenta, simplemente, que la sangre de mis arterias se había acelerados

Cuando quise saber qué pensaba su marido de todo esto, dijo que no solía hablar de estas cosas con él y cuando le pregunté por qué, contestó que porque eso era algo que se suponía que debía hacer y que ya estaba harta de tantas suposiciones.

Añadió que César creía ser el único responsable de todo lo que la ocurría y que a ella le resultaba difícil hablar con alguien así. Con alguien que, aparte de sí mismo, creía también ser ella.

Iba obscureciendo, las nubes cubrían el cielo de la ciudad. Una luz plomiza transformaba la habitación en un reducido circo de sombras. El espacio encerrado entre aquellas paredes parecía haberse reducido como si hubieran metido dentro los susurros de toda la casa, Laura permanecía en silencio, incapaz, me pareció, de explicar ni siquiera a sí misma, lo que sentía. Pensé que todo se debía a que aún era demasiado pronto, me refiero a lo del niño, y todavía no había tenido tiempo de acostumbrarse: al no poder contener o resolver emociones tan nuevas, intentaba expresarse de alguna manera y el hecho de que lo hiciera delante de mí era pura casualidad: en casa no había nadie. ¿O sí? Me había distraído con estos pensamientos cuando le oí decir:

Me gustaría volver a empezar:

Y se calló. Me miró de una forma tan clara, tan directa que supe enseguida lo que estaba pensando. Tras una mirada así suele haber una seguridad total de ser comprendido al instante: no son necesarias más palabras ni más gestos. Era una mirada desafiante y, al mismo tiempo y en la misma medida, llena de dudas. ¿Dudas? Sí, pero muy en el fondo. Sus ojos incontrolables eran demasiado explícitos: ella quería elegir y permanecer siempre libre para seguir eligiendo. Eternamente. Hubiera debido sentirme asustado, pero no lo estaba. El reloj de la plaza dió las nueve. Me acompañó hasta la puerta. Parecía completamente segura de que sabría encontrar la manera de volver a ella.

[...]

Creía en Dios. Tenía de Él una concepción muy humana signifique lo que signifique esto y al principio se juzgaba a sí misma abominable. No era extraño. Su formación, la educación que recibió en casa y en el colegio de monjas, la habían predestinado a encontrarse conmigo y, al mismo tiempo, hacer como que no me veía. Sin embargo, si no hubiera sido yo, hubiera sido otro o cualquier cosa equivalente capaz de absorber los apasionados fluidos de su imaginación. Aún así, reconozco que según todas las previsiones, tenía que haberme rechazado. Tenía que haberse librado de este hombre inconsciente que estaba a punto de arrumar su vida. Para salvar su honra. Para que nadie pudiera echarla en cara el escamoteo de los grandes deberes de las mujeres muy mujeres que entonces se estilaban: mitad madres, mitad mártires, siempre vírgenes. En una palabra, tenía que haberse resistido a la tentación porque para eso, exactamente la habían preparado. Resistir, sí, en eso consistía todo. Y lo que es más, se trataba de hacerlo sin dar señales de esfuerzo, como algo natural, sin plantearse siquiera la posibilidad de un fallo.

Claro que, según ella, como yo era tan diferente y no formaba parte de su vida, lo que sucediera conmigo no tenía, necesariamente, una importancia real. Creo que para Laura, y durante mucho tiempo, yo fui solamente una especie de ensayo.

[...]

Siempre, pero sobre todo en los años inmediatamente posteriores a nuestra guerra, la mayoría de las perplejidades de nuestra vida derivaban precisamente de la contradicción entre lo que se decía que pasaba y lo que pasaba de verdad, entre lo que uno se veía obligado a hacer y lo que uno necesitaba o quería hacer. La verdad es que eso, precisamente eso, no nos lo preguntaron nunca. Ni a ella ni a mí. Recuerdo que por entonces se destapó en Valladolid un escándalo de amor y sangre que nos hizo cavilar un tanto acerca del inseguro terreno en el que habíamos comenzado, Laura y yo, a adentrarnos. Una joven muy bella de una familia conocida había muerto envenenada a manos de su marido pocos meses después de la boda. Al parecer se había casado muy enamorada de aquel hombre apuesto y rico, ganadero, por más señas, de la provincia de Salamanca, pero a las pocas semanas ella, que nunca había estado enferma, empezó a sufrir náuseas y mareos que todos achacaron a un posible embarazo. Incluso los médicos. Pero los síntomas no remitían. Pasaron tres meses y la situación seguía empeorando. Para entonces, todo el mundo se había puesto de acuerdo en que la pobre chica era un histerica, una señorita mal criada y en exceso quejica que mortificaba a los suyos con un comportamiento raro y amargaba la vida a su pobre marido sometido constantemente a esa especie de coacción psicológica por parte de una mujer inmadura que, según las comadres, en el fondo, no le merecía. Por fin, Loreto — pues ese era su nombre— falleció. Cuando le hicieron la autopsia —según sin saber qué tenía— descubrieron que la habían envenenado. Con arsénico y poco a poco, como a las ratas. También descubrieron que su marido, maricón de toda la vida, se había enamorado de un torero y no se le había ocurrido mejor cosa — porque aquello no tenía otra solución— que quitársela de en medio cuanto antes. Normalmente, un suceso de estas características habría sido publicado a toda plana en la prensa local pero como se trataba de un incidente que afectaba a miembros respetables de la burguesía, los periódicos se limitaron a dar una escueta nota policial omitiendo discretamente el nombre completo de los implicados.

¿Lo ves? —me diría ella entonces— ¡Le obligaron a matar por desesperación! No salía de mi asombro: ni una palabra de compasión hacia la víctima, ni una de rechazo hacia el crimen.

Laura veía las cosas desde otro lado, En su opinión, la falta de alternativas sociales a la pasión de aquel monstruo era la única responsable de esa desgracia.

¿Alternativas? Sí, la posibilidad de una separación, amistosa o no, la posibilidad de que cada uno pudiese rehacer su vida sin tener que enfrentarse al escándalo farisaico de la tribu. Al principio, ya digo, no podía entenderlo, después sí, con el tiempo, me acostumbré: *Te asombraras de lo que soy capaz. Voy a sorprenderte. Soy maléfica. Cambiaré de rostro y de aspecto para que los demás no me reconozcan. Sólo tú. Iré a verte disfrazada de la mujer de tu amigo, O de puta. ¿Me rechazarás entonces? Tendrás que desnudarme a escondidas y entonces descubrirás a tu Laura. La mujer de dos cabezas. También tu deberías disfrazarte: de toro. Raptarme como a Europa ¿dónde vimos ese cuadro? O de otra cosa, da lo mismo con tal de que no te reconozca. De esta forma estaremos siempre encontrándonos, conociéndonos por vez Primera. ¡No nos aburriríamos nunca!*

Decía cosas así cuando estábamos solos. Y yo asentía. He de reconocer que era perfectamente consciente de lo que estaba ocurriendo pero asentía y pensaba que nada podía impedirlo así que tenía que resignarme. Pensar esto, igual que pensar en la muerte me calmaba. Era una especie de impotencia. Los antiguos marineros no querían aprender a nadar. Decían que si caían al agua, era mejor: no tardarían tanto en morir. A mí me pasaba lo mismo. Lo que yo sentía no era amor. Por muy ignorante que fuera, me daba perfecta cuenta. O por lo menos no era la clase de amor de la que siempre me habían hablado. Aquello era una fuerza extraña, irresistible, Estaba asustado de la facilidad con que yo, tan calculador, tan sensato llegaba a desentenderme de las posibles complicidades; me reprochaba no tanto mi infidelidad como la vulgaridad de las circunstancias, como si hubiera dependido de mí el escogerlas menos vulgares. No me quedaba ni el consuelo de creerme Romeo: me daba perfecta cuenta que mis actos no eran del todo voluntarios ya que estaban forzados por el más estricto deseo. Se hubiera dicho que mi instinto, para apoderarse de mí, no había esperado siquiera a que mi conciencia cerrase los Ojos.

En una ocasión, me encontraba revisando unos papeles en la oficina cuando César entró en la habitación; su expresión parecía preocupada. Saludó distraídamente y luego se acercó a la ventana y se quedó de pie, mirando, como si abajo en la calle, estuviera sucediendo algo interesante. Entonces empezó a hablar diciendo que Laura se estaba poniendo muy difícil, que últimamente le había dado por decir que quería buscar un trabajo, precisamente entonces, con el niño tan pequeño y sin ninguna consideración hacia lo que pudiera pensar la familia. Cuando le interrumpí diciendo que hablaba de la familia como si fuese siciliano, no pareció entender la broma y se enfadó la verdad Raúl, no te entiendo. Esta ciudad está llena de hombres y de mujeres que piensan que mientras nosotros

trabajamos no sólo en beneficio propio sino en el de nuestra familia, la mujer lo hace para ella sola. Ese egoísmo está reñido con su misión dentro del matrimonio. No hemos ganado una guerra para que ahora nuestras mujeres se salten a la torera la Protección que tanto necesitan y nosotros tenemos la obligación de darles y se echen a la calle como milicianas, Discutí con él, no porque estuviera en desacuerdo con todo lo que decía, sino porque sentía un placer especial en llevarle la contraria. Era, supongo, una manera de llamar su atención. Pero a los tipos como él, les basta con su ceguera.

Se fue dando un portazo.

Pasado un rato, me fui también. Esa tarde no nos vimos.

[...]

Si uno se para a pensarlo, no hay nada que nos empuje tanto a las arbitrariedades del instinto como la estúpida rutina, Nadie parecía darse cuenta del juego que nos traíamos, insisto, al menos para mí, en eso consistía todo... al principio: un juego excitante y peligroso que fue tomando velocidad poco a poco, a plena luz y delante de los ojos absurdamente abiertos de los que nos rodeaban. Es curioso, parece que vemos mejor a oscuras, me refiero a esa mirada interior que no se deja engañar por la vista.

La primera vez que nos vimos después de aquel me gustaría volver a empezar fue en el Campo Grande. Habíamos quedado por la tarde a la salida del colegio de María. Yo pasaría por allí y la acompañaría a su casa con la disculpa de que tenía que revisar un expediente. Me esperaba en la Pérgola. Ni siquiera le di la mano al saludarnos, no la toqué salvo para ayudarla, sosteniéndola ligeramente por el codo, a tomar asiento. Al cabo de un rato, y como de pasada, le pregunté dónde estaba César. Contestó que no lo sabía pero que había dicho que no volvería a casa hasta la hora de cenar. Durante unos minutos, permanecemos en silencio luego, la vi llevarse una mano al hombro, sobre la chaqueta. Por un momento, creí que le dolía algo. Tenía los brazos largos y delgados y las manos muy fuertes. Ya fuera caminando o sentada, por la forma de mantener erguida la espalda y la barbilla ligeramente levantada daba la impresión de arrastrar un manto largo y pesado, como de reina.

Cuando volvió a hablar fue para decirme que esa tarde no tenía nada que hacer porque habían invitado a María, su hija, a un cumpleaños y no volvería hasta las diez. Después guardó silencio un poco avergonzada al darse cuenta de que había ido, quizá, un poco demasiado lejos. No sabría decir por qué, pero de pronto la vi, a sus treinta y cuatro años, como una mariposa atrapada en el glaciar del tiempo: fosilizada y espléndida, maravillosamente conservada pero... muerta. Como yo,

por otra parte, Resulta extraño comprobar lo raros que podemos llegar a ser. Me di cuenta que compararnos a los vegetales o a los fósiles, me producía un placer perverso. Me dijo también que hasta entonces, había llevado su vida colgando a la espalda y delante, justo en frente de ella y acercándose a toda velocidad, veía desde hace tiempo venir el tanque que terminaría empotrándola contra el muro que había a sus espaldas y que entre todos, incluida ella misma, habían ido construyendo. Amenazada, pensaba en la infidelidad con la esperanza de demostrarse que aún quedaba tiempo de sentirse viva, que la acumulación de polvo sobre las delicadas terminales de sus nervios no era definitiva que, en una palabra, seguía siendo posible vibrar, despertar del letargo vital que había ido anestesiando sus días. Inexorablemente, No supe que decir. Ella seguramente, tampoco esperaba una respuesta.

Durante un buen rato no volvió a pronunciar palabra. Esperaba, supongo, a que fuera yo quién propusiera levantarse para ir a su casa. Parecía impaciente y se notaba que quería marcharse porque prefería que no la vieran conmigo. Cuando me oyó decir «vamos» ya sabía a donde y para qué. Sin decir una palabra se levantó y me siguió.

Nos dirigimos hacia la salida del parque por el Paseo del Príncipe. No vimos a nadie conocido. El cielo parecía una sábana violentamente arrugada pero las acacias y los olmos tenían un color esmeralda brillante. La belleza de este parque, un poco nostálgica, más sutil que la del cielo, me tranquilizó —creo que a ella también—. Muy cerca de nosotros, al otro lado de la verja, rugían los coches, acelerando en los cruces. Esperamos un poco antes de atravesar la calle. Cuando íbamos a hacerlo, una camioneta se detuvo en seco a pocos pasos del bordillo. Laura se sobresaltó. Sin pensar en lo que hacía, la estreché entre mis brazos. Siempre he pensado que, por unos instantes, mientras estábamos abrazados, nos volvimos invisibles.

[...]

Cuando llegamos, no fuimos directamente al dormitorio. Laura recorrió la casa lentamente, habitación por habitación, bajando las persianas. Al llegar a la suya, se acercó a la ventana y se quedó allí, inmóvil, mirando al cielo. La llamé —¡Laura!— y le tendí la mano. Cuando se acercó, rodeé su cintura con mis brazos y le miré a los ojos: quería averiguar si estaba decidida a seguir adelante. Fue un momento difícil. Los dos sabíamos que estaban ocurriendo dos cosas al mismo tiempo: Por una parte, el hombre al que, sutilmente y durante algún tiempo, se había estado insinuando con bromas, con susurros y cumplidos inesperados, quería follar con ella y aún más, sabía que él sabía que ella estaba deseando hacer exactamente lo mismo. Por otra, no podía

ignorar que, a partir de entonces, la vida iba a complicarse un tanto mientras buscábamos, y encontrábamos, la manera de volver a hacerlo. Aguantó mi mirada, seguía siendo, todavía, la más fuerte.

El silencio, su absoluta inconsciencia al celebrar aquel encuentro en su dormitorio, garantizaban lo extraordinario de la situación: ella no tenía nada que ver con la mujer que se acostaba allí todos los días. Era otra. Yo también era otro. Los dos nos sentíamos diferentes. Mientras le daba la espalda para ir a cerrar la puerta, ella siguió de pie en el centro de la habitación. Podía haber escapado entonces pero no lo hizo. Al minuto siguiente nos abrazábamos y yo repetía su nombre, Laura, Laura, como un mantra: Laura, la de los ojos de gato, la piel arrebolada, la del hermoso cabello castaño y el hoyuelo en la barbilla, Laura, mi amor; mi hembra adorada. Recuerdo que me llamó la atención su absoluta inmovilidad: con la mejilla apoyada en mi pecho, esperaba. Escuchaba mis palabras. Corazón mío. No sé. Resulta ridículo repetir eso delante de terceras personas. Incluso a uno mismo después de tantos años. Me pierdo en el aroma de aquel recuerdo como si, por accidente, se hubiera roto una ampolla de cloroformo y los vahos del sueño nublaran mi entendimiento.

[...]

Pero no te asustes: no voy a describir nada; no te diré los nombres que inventé para ella, y que no he olvidado, porque siempre supe que aquellas palabras se estrenaban en mi boca, que era la primera vez que salían de mis labios. Recuerdo sí, la curva de su nuca, el temblor de sus labios, la ingenuidad perversa de algunos de sus gestos. Nunca hubiera imaginado, aunque lo deseaba, una situación semejante. Entonces no era rico pero disfrutaba de una posición social desahogada y, lo que en aquella época era todavía más importante, tenía amigos influyentes. Con alguno de ellos había trabajado antes y después de dejar la alcaldía. No era un hombre del todo desconocido y las posibilidades de pasar desapercibido en una ciudad como Valladolid eran prácticamente nulas. Si aquello llegaba a saberse, me vería obligado a buscarme la vida en otra parte. Sin hablar de la familia. ¿Qué podría decir? Marisa, mi mujer, no esperaba de mí gran cosa, pero un escándalo de esta clase era algo que no podría llegar a perdonarme. Bien es verdad que, si he de ser sincero, a esas alturas el perdón de mi mujer me importaba un rábano.

Me veo levantando su falda, suave, lentamente y tirando hacia abajo de las bragas: su piel desplegada como los arrugados pétalos de una amapola recién florecida. Pliegues, simas humedecidas y mis dedos deslizándose por su cuerpo como serpientes dentro del agua. Pero dije que nada de descripciones, Es hablar por hablar. Ni siquiera sabía que en realidad no la quería; no deseaba encerrar en mis manos la felicidad que me aportaba, no le pedía promesas, ni comprensión,

creo que ni siquiera ternura. Me conformaba con oír palpar la vida, ese extraordinario invento cuando de verdad se pone en marcha. A veces la he sentido, no solamente en momentos de pasión como el que describo sino también en el silencio de otros que no compartí con nadie. Enamorarse de la vida, ése es el misterio. Y de esa forma he amado muchas veces la idea del amor, a las pobres figuras de mis sueños y también a algunas mujeres que, sin saberlo, se creían como Laura las protagonistas del encuentro. Me di cuenta entonces que mentir sinceramente era muy fácil.

Le pedí que se quitara la ropa —de nuevo las pinceladas de la memoria, lo siento, ya veo que no puedo evitarlas—. Titubeó un instante. Después reconoció que mi brusquedad le había pillado un poco de sorpresa. Tenía una mirada envolvente, como de espejo. Cuando se inclinó para quitarse las medias, recuerdo que se me escapó un enorme suspiro. Mientras sus pechos se balanceaban suavemente, ella levantó la vista y me sonrió.

Por un instante la vi como nunca había visto a mujer alguna: a la vez fragmentada y entera como el rostro de Mona Lisa que parece no ser del todo ella y sin embargo a nadie sino a ella podría pertenecer: la piel de su vientre, pequeñas grietas del óleo y grietas de las grietas. Infinitas. Y pensé que follarse a la mujer de un amigo podría ser todo lo vulgar que se quisiera pero que aquel instante lo justificaba todo. Mírame, me decía y no olvides que todo lo que te ofrezco es este hincharse, este ahuecarse y fluir. No preguntes, Tengo tantas formas de acariciarte, repetía, tan infinitas y se perdía en explicaciones que ahora no recuerdo, empeñada en hacerme comprender la incoherencia de que, aunque minutos más tarde pudiera no parecerlo, ella seguía siendo la misma y me quería.

Pero no estaba sorprendida. Me di cuenta enseguida. Reaccionaba con calma. Una calma caliente, me atrevería a decir, mezcla de sorpresa y cansancio después de la batalla. Puede que la suya. Había en su boca el gesto de un corredor solitario que hubiera llegado a la meta, los labios entreabiertos, de náufrago, temblorosos. Y mientras yo la miraba fijamente, ella se estiraba dentro de su piel más animal que humana, vibrante, sensible. Me veía en sus ojos como en un espejo falsamente imparcial, lejos, lejos, cada vez más lejos de mí mismo y al mismo tiempo incapaz de distanciarme de su piel, como si cada aliento, cada suspiro me sumergiese en ella. Caudal de sangre, residencia de toda la fuerza: Sabía que no me necesitaba, no necesitaba nada pero estaba allí, a mi lado, porque yo la había reconocido: el sabor de sus besos, el sudor cobijado en sus muslos era la señal de partir. Despacio amor mío, susurraba, despacio amor mío, amor mío.

Yacíamos uno al lado del otro, únicos como nunca antes y había pasado el tiempo. Al otro lado del pasillo, el desconcertado péndulo dio las ocho. En silencio nos levantamos y entre los dos, ordenamos la ropa de la cama. Después nos vestimos y, cada uno por su lado, volvimos a la calle.

[...]

A partir de ese día todo fue muy rápido. Laura no era buena manejando situaciones ambiguas. No pertenecía ese tipo de mujeres, ni su marido a ese tipo de hombres capaces de sobrellevar diplomáticamente una situación como la que teníamos planteada. Se negaba a cumplir con los ocasionales requerimientos de César ni siquiera con la reserva mental de que su alma me pertenecía. Repetía que quería acabar con todo aquello y empezar de nuevo. Enseguida. Por el bien de su marido, y el mío propio, tuve que pedirle discreción durante algún tiempo. Albergaba tal vez la esperanza de que ella podría llegar a entusiasmarse también con la idea de la clandestinidad. A mí me gustaba: aquello tenía su morbo, para qué engañarnos. Esperaba que, poco a poco, acabaríamos acostumbrándonos, ella sobre todo, a la nueva situación. Por instinto de supervivencia. ¿Comodidad? Es posible, no sabría decirlo. En realidad, yo temía los compromisos demasiado largos, las nuevas rutinas que, a poco que nos descuidáramos, no tardarían en hacer su aparición. Si hubiera podido, habría encerrado nuestra relación en aquel concreto instante. Temía la insensibilidad que producen las sensaciones repetidas. Además, me intimidaba la fuerza de Laura.

Durante algunas semanas continuamos viéndonos en su casa: la gestoría no marchaba mal y César y yo habíamos distribuido el trabajo de manera que él se encargaba de las entrevistas y yo del papeleo de oficina. Recuerdo aquellas tardes somnolientas y Laura y yo en la alfombra sin pensar que en la cocina, las criadas, atentas a cada crujido, maginaban con todo lujo de detalles lo que estaba sucediendo casi delante de sus narices. Desprecio el papel que estoy haciendo — me dijo un día— Cualquiera puede intentar juzgarme, Pero desafío al que trate de arrebatarme lo que me he dado a mí misma: la oportunidad, por fin, de tomar una decisión verdaderamente personal. Una vez más no supe que contestar, Si he de ser sincero, seguía sin decidirme: necesitaba tiempo, Jamás, ni en los momentos más apasionados, había creído yo que aquella locura llegara a ser algo definitivo o simplemente duradero. La tradición me llevaba a ver en mi relación con Laura una expresión del espíritu aventurero de los hombres de toda la vida. No puedo negar que la quería, a mi manera pero la quería; sin embargo imaginaba que ella, algún día, terminaría por recuperar el juicio y me evitaría, incluso, el esfuerzo de dejarla.

Al mismo tiempo no dejaba de preguntarme si la capacidad de Laura para decidir y su tremenda impaciencia procedían de algún tipo de ceguera congénita o por el contrario, de una lucidez cegadora que yo no alcanzaba a comprender.

Algunas tardes, las menos, salíamos al campo en mi coche. Nos llegábamos a los Torozos, donde en primavera sopla una brisa muy suave, y contemplábamos desde lo alto, el mar de tierra y la hierba que se agitaba haciendo olas mientras la sombra madreperla de las nubes se deslizaba a nuestros pies, dibujando figuras o cayendo desde lo alto. En aquellas ocasiones Laura permanecía en silencio y yo tampoco hablaba. Cuando volvíamos al coche, continuábamos la conversación donde la habíamos dejado horas antes y ninguno de los dos contaba lo que había estado pensando mientras tanto. Recuerdo que fue uno de esos días cuando Laura me dijo que se iba. Me voy con el pequeño a casa de mi madre. Necesito Pensar. Mejor dicho, yo lo tengo todo pensado pero creo que a ti te hace falta algo más de tiempo. Tómatelo, pero no tardes: no puedo esperar eternamente.

¿Qué podía hacer? No me atrevía a disuadirla, me hubieran faltado argumentos, hubiera parecido que huía y cualquier explicación en ese sentido no hubiera hecho sino empeorar las cosas. Hablarle de mis dudas era perderla y si consentía en huir con ella, otros serían las víctimas de mi cobardía. Necesitaba ese ultimátum para obligarme de alguna manera a adoptar una decisión definitiva. En el fondo, me creía con el derecho —el deber, posiblemente— de dar a mi vida un giro más consecuente. Sentía que había llegado al límite de la incoherencia: comprendía que si me quedaba, tampoco le estaba haciendo un favor a nadie. Termina uno por cansarse de vivir a escondidas, de disimular sentimientos y de atender obligaciones que han dejado de tener sentido. Hubiera podido, con muy pocas palabras, acabar con aquella situación. Me abstuve de ello, no porque mi amor por Laura fuera tan fuerte que justificara todo el daño que entre los dos íbamos a causar, sino porque, sinceramente, creía llegado el momento de dar por terminada aquella etapa de mi vida. Me deje llevar por un espejismo. Uno nunca empieza nada del todo. A lo largo de su vida se ve obligado a arrastrar consigo las consecuencias de todos los actos que ha realizado en el pasado. El deseo de hacer el mínimo daño posible me llevó más lejos de lo que preveía: me robé a mí mismo la posibilidad de ser libre y acepté una nueva carga en la que tampoco creía demasiado; mi egoísmo fue doblemente odioso por creerse justificado.

Dijo que no había hablado con César, es decir, se había limitado a advertir que pensaba pasar unos días en Madrid, con su madre y que iba a llevarse al pequeño. Su marido, al parecer, no había hecho preguntas y ella había creído que era preferible no dar muchas explicaciones.

Y así fue como acabó todo. En fin, quiero decir que así fue como terminó la clandestinidad. Tuve que hablar con mi mujer antes de seguir a Laura a Madrid, le conté nuestros planes de viajar a México tan pronto como nos fuera posible. Laura... bueno, ella ni siquiera avisó. Simplemente se fue. Cogió al niño y se lo llevó a Madrid y cuando todo estuvo dispuesto llamó para que fuesen a buscarlo. No me quedé a verlo. Ella tampoco. Salimos de casa antes de que llegaran y fue su madre quién hubo de encargarse de todo. Después de ese día, Laura tardó años en volver a hablar de sus hijos,

Por mi parte, tenía prisa por dejar Madrid. Lo curioso es que mi impaciencia incluía también cierta ansiedad, no por leve menos persistente. No se trataba de que quisiera estar en otro sitio: deseaba irme porque todo aquello resultaba incómodo; estábamos demasiado cerca de casa y me sentía como en libertad vigilada. Además, después de separarse del niño, Laura se volvió ausente, como helada, sumergida en una pasividad inestable. Yo no sabía si su estado era el resultado de una premonición o de los cambios que estaban a punto de transformar su vida. Ella temía, supongo, llegar a desconocerse a sí misma. No sé. A Laura nunca le interesó mucho el pasado, apenas el presente y por alguno de los comentarios que dejó escapar durante aquellos días, se diría que el futuro también la llenaba de presentimientos. Como a mí.

Creía, sin razón, que todos acabarían por olvidar, que la vida transformaría sus sentimientos igual que después transformó los nuestros. Entonces, no sabíamos que la vida no transforma, simplemente desgasta. Desgasta el dolor, desgasta hasta la intención de perdonarse a uno mismo y a los demás. Después de tantos esfuerzos, tantos cambios, nos encontrábamos casi igual que al principio: con el alma un poco turbia, llenos de dudas y la esperanza un poco desalentada. Nos queríamos, sin embargo, tanto como se puede querer cuando es sobre todo pasión lo que nos une al otro. No sabiendo vivir según la moral ordinaria, habíamos decidido, al menos, vivir de acuerdo con la nuestra.

Semanas más tarde tuvimos que volver a Valladolid para lo del juicio. No quiso ver a sus hijos. Días después, salíamos para México.

César

Como puedes imaginar, no deseo de ninguna manera dar pena. Lo que pasó, pasó y punto. De pena nada, ¡faltaría más! Bastante ridícula resulta ya la cosa como para que encima me ponga lacrimógeno. No, eso ni lo sueñes. Algunos detalles nada más, y sin perder el tiempo.

Se fue hace... bueno, lo que mejor recuerdo es el día que nos vimos por primera vez: ahí donde estaba, desasida, como flotando, por así decirlo, en el aire, como si el tiempo se hubiera detenido, con el ruido de los recuerdos amontonados allí, en Montealegre, un día de invierno batido por la ventisca y con el suelo brillante de escarcha. Era, insisto, día de Todos los Santos, año de 1.944. No he olvidado nada; sus tías me habían invitado a comer para agradecerme cierto favor relacionado con la desaparición de una cartilla de racionamiento que se había resuelto favorablemente. Así se hacían las cosas antes, favores fáciles que le ganaban a uno el agradecimiento de los vencidos que, no sé por qué razón, solían ser unos despilfarradores de espanto. Bueno, a lo que íbamos. Por lo visto, habían perdido la dichosa cartilla y por culpa de sus antecedentes, las autoridades se negaban a darles crédito en lo del extravío. Cuando acudieron a mí —mis padres eran viejos amigos de la familia— ya habían tecleado ¿se dice así? todos los resortes que tenían a su alcance. Fue inútil. Así que, ya digo, fue gracias a mis gestiones que pudieron conseguir una nueva. Si mal no recuerdo, mi visita a Montealegre era para celebrarlo.

¿La casa de las hermanas Morán? En el Bar Principal, unos paisanos jugaban al dominó con la pelliza puesta y con todo ese apero encima, les resultaba difícil doblar el brazo para cubrir las fichas y las dejaban pinadas encima del tablero casi a la vista de todos, bueno, de todos menos del vecino que, ateniéndose a una regla no escrita, se libraba muy mucho de echarles el ojo ya que, de hacerlo, se hubiera ganado una hostia pero como decía, aquel tipo, al tiempo que se libraba del mosco incrustándolo con un gran manotazo en la mesa, contestó, sin levantar la vista, contestó: cabe el castillo la primera casa a la derecha, la de la trasera verde sin darse cuenta, él, que de color verde había por lo menos cuatro y me iban a dar las uvas buscándola en fin, que como yo no tenía ganas de discutir ¿verde había dicho? pues nada, ¡verde! y me largué enseguida de allí no fuera que por acompañarme, al final, tuviera también que darle las gracias.

[...]

Me tapo los ojos porque sólo así puedo soportar no estar allí de nuevo, no sentir entre mis dientes aquella urgencia que me llevaba a todo correr a mi destino. ¡Mi destino! ¡Me hubiera gustado que lo vieras! montañas y montañas de barro. Y cuando digo montañas digo barro de verdad ¡precipicios impracticables entre las

roderas de los carros y la cuneta! Pero sigo. En las pausas interminables de esta nostalgia, abrazo la lucha contra el demonio de la ira que me ha declarado la guerra. Mediré la tierra seca de mi juventud, definiré sus altos y sus precipicios y los barrizales por los que he caminado toda mi vida, buscando en vano la felicidad, la paz interior, que tan natural parece, por ejemplo, a los bueyes.

[...]

Y así, llegamos al castillo. Dicen que desde la almena, en los días claros, hay quien distingue las montañas de León y los confines de Castilla pero a esas horas la verdad es que ya no se veía casi nada, a lo más, la vaciedad de un páramo sin regatos, ni arboledas, sólo nada o como si lo fuera, la rigurosa y áspera nada de la estepa.

Apenas me vieron llegar, las hermanas Morán empezaron a correr de un lado para otro, no mucho pero tal que así, como perdices entre los maizales, con una prisa enorme parecían pero sin saber exactamente en qué dirección tirar era... bueno era como si se hubiesen puesto de acuerdo en piar las dos a la vez, pase usted, ésta es su casa, póngase cómodo. ¿Cómodo? Lo que estaba era poniéndome de los nervios con tanto ajeteo así que para tranquilizarme me dije ¡ah! será cosa del agradecimiento, vaya, como si el agradecimiento fuera la enfermedad de San Vito o algo por el estilo. Fue sólo al cabo de un rato, con un tinto en la mano y casi entrado en calor, cuando comprendí a qué venía todo aquel trepidante desasosiego a saber: Laura estaba a punto de hacer su entrada en la habitación, con un plato de aceitunas en la mano derecha y una botella de vino de Rueda en la izquierda. Al parecer, lo que ellas querían, habían querido todo el tiempo, era que nos conociésemos.

[...]

¡Bien...! Supongo que te gustaría seguir por ahí, no, si ya lo comprendo: la historia del flechazo, las primeras palabras, cómo fue, si fue, cuándo fue... saldría todo a trompicones porque ¿sabes? esa clase de recuerdos no fluye con suavidad, ya lo irás comprobando ¡se atasca...! pero mira, ¡no estoy por la labor! Debo confesar, además, que la memoria siempre me ha parecido un inconveniente, algo morboso que se retuerce como una lombriz bajo tierra, Muchas veces imagino que se alarga como una serpiente blanca y blanda y me rodea el cuello con sus anillos de nácar. Esa lombriz lo ocuparía todo. Pero tampoco esto facilitaría en absoluto los recuerdos. Ya te digo... no estoy seguro de las fechas, pero me parece recordar que una semana después, agitado como un poseso, seguía sin poder dormir y pasaba la noche dando vueltas en la cama. La imagen de Laura me inspiraba una inquietud paralizadora. A cualquier hora del día o de la noche, me acercaba al

teléfono con la intención de llamar para invitarla a salir pero apenas la centralita me ponía al habla, cambiaba de opinión y decidía que no, quiero decir, pensaba que aquel esfuerzo iba a resultar del todo inútil. Para mí, entonces y más tarde también, Laura era un rompecabezas. De piezas minúsculas y desordenadas fabricadas de barro. Recordaba, de hecho, a una construcción de adobe con innumerables recovecos y pasillos que se prolongaban en la obscuridad, sombríos como si yacieran siempre en una eterna noche. Uno no sabía nunca por dónde tenía que empezar a andar. Me devanaba los sesos tratando de decidir si merecía la pena embarcarse en aquella aventura sólo porque ella me había calentado la braguita, precisamente entonces, cuando estaba a punto de casarme con otra. Sí, con otra, con una Carmen de ojos estrábicos y profundos cuya mirada perforaba el cerebro con su honradez solemne.

[...]

Oh, con qué gusto y qué de todo corazón me he desprecia» do. En serio, no bromeo, transcurrían los días y seguía sin tomar una decisión. Después, una mañana, —nadie podrá entender hasta qué punto me costó aquello— se me ocurrió escribir una carta. Sí, eso hice, ¿puedes creerlo? Aún conservo el borrador, mira. O si no, no, mejor no. Pero lo importante no fue la carta, lo importante fue que, nada más enviarla, supe enseguida lo que tenía que hacer. Fue una inspiración, una epifanía. Debía casarme con ella. Definitivamente. Debía hacerla mi mujer y ocupar su vida como se ocupaba un territorio: pulgada a pulgada. Me invadió una suerte de niebla enrojecida. El humo de los cigarrillos de aquella taberna se transformó en un manto de gloria. Pedí la undécima copa de tinto y me tambaleé hasta la calle. Creo que estuve a punto de caer varias veces sobre la acera. Pero esto no me impidió mantener la dirección.

[...]

¿No quería relatar por orden cronológico? Voy saltando de aquí para allá como una pulga amaestrada. Me doy cuenta, no obstante, que tampoco importa mucho el desorden, digo, si tenemos en cuenta los resultados. Pero sí, aún es demasiado pronto para hablar de un error de tanta trascendencia, del hombre hipotecado en brazos de su dueña, de los días pasados a su lado y de todo aquel no saber anunciado. Me obligaré a ser breve y conciso. Es posible que lo consiga. Y entonces podré hablar de aquella equivocación entre todas las equivocaciones. Cierro los ojos y pienso en Laura. Su falda tubo de lana marrón se pega a sus muslos. Esta vestida de sí misma y me mira. «No te prives, hombre, sigue hablando — dice—. Cuéntalo a tu manera que ya lo contaré yo a la mía».

[...]

Volví una tarde a Montealegre. Buscaba... no estoy seguro de lo que buscaba pero recuerdo que de la tierra, próxima ya a caer la noche, ascendía filtrado por la humedad, el intenso olor de las rastrojeras; ¡siempre aquel olor a quemado, incluso durante el invierno! A finales de verano, por ejemplo, o aún más tarde. Los hombres de pana tenían siempre motivos para incendiar la tierra y con ella todo lo que se movía, allá abajo en el terraplén, aquella vida invisible, desolada, gazapos y topillos que a todo correr salían de las huras, ciegos, porque el humo no les dejaba ver absolutamente nada... sí, esta imagen, como una transparencia, es la que ilustra mis recuerdos de Castilla. Una imagen sin palabras, sólo crujidos: surcos resecos, fuego, hombres a lo lejos, silencio y el crepitar de las llamas. En medio, el terror mudo de unas vidas minúsculas.

[...]

Pero quería contar lo de mi vuelta a Montealegre. Me dirigía otra vez al castillo. Cerca de las almenas veía volar a las picazas y los alcaravanes. ¡Ah! entonces no era supersticioso, pero los graznidos de los grajos me parecieron terribles señales de mal agüero. Y mientras iba pensando esto con la imaginaria experiencia de un joven enamorado, me hallaba de nuevo a las puertas de su casa. Creía, ingenuamente, que cuando nos conociésemos mejor sería capaz de entenderla. Resultó pues, que no acerté ni siquiera en eso. Incluso, debo decir que, a medida que fue pasando el tiempo, me fui equivocando más y más. Pero tengo tesón. Y como las circunstancias de nuestra vida fueron tales, que nada de cuanto ocurría a nuestro alrededor concordaba bien entre sí, resultó que otros podían recibir la impresión de falta de atención por mi parte cuando veían lo que me estaba sucediendo. Pero no era así. ¡En absoluto! Mana tenía en secreto mis miedos, no estaba maduro para la arrogancia de reconocer, ante los demás, que era un cobarde.

[...]

Pero estaba hablando de Laura ¿verdad? de cuando fui a visitarla. Verla, aquellas primeras veces, me ponía en trance, como si se me revelase, a cada rasgo suyo, cada palabra, la diosa Afrodita. Cuando intento, al describirla, poner en orden mis recuerdos, me parezco a esos viejos que han perdido la memoria y que lo único que recuerdan es el placer o el dolor que experimentaron en tal o cual ocasión. Si placer, visten su evocación de gloria. Si dolor, acumulan imperfecciones sobre el objeto de su ira. Pero yo ¿qué encontré en realidad? no sabría decirlo, tal vez era solamente una mujer. Una mujer huérfana del mundo que lo único que sabía de sí misma era que estaba situada en un punto equidistante

entre su madre y su futura hija y que, en absoluto, tenía intención de parecerse a ninguna de las dos. Ella misma solía avisarme. Con cierta agresividad, cómo si mordiera y acercando mucho su cara a la mía, me decía que tenía derecho a liberarse. ¡Liberarse!, ella, caprichosa e infiel desde la cuna. Como un barco, demasiado macizo para velero, demasiado inseguro: incapaz de colocarse al socaire cuando sopla el viento. Ay, las imágenes de mi cabeza. Es cierto que a menudo he soñado las cosas antes de que me sucediesen en realidad. También había soñado con Laura. La vi por primera vez en una pesadilla. Acababan de expulsarla del Edén y ella se reía, se reía y seguía riéndose.

Se extrañó cuando le dije que la conocía desde hacía tiempo. Que la conocía bien porque la había visto casi desnuda. Esto se debía seguramente a los libros de Historia Sagrada que representaban a Eva cubierta apenas con su larguísima cabellera. Laura soltó una carcajada y propuso que diéramos un paseo. Le gustaba visitar el cementerio porque, decía, le entretenía leer las lápidas. Sobre todo los nombres antiguos ¡eran tan poéticos! dijo. Caminamos de la mano y en silencio. A decir verdad, ella siempre fue bastante silenciosa. No sabías nunca lo que estaba pensando. Tampoco hablaba mucho de nadie porque no gustaba de entrometerse en las vidas de los demás excepto cuando ansiaba conocerlos para conseguir algo. Por otra parte... bueno, le traían sin cuidado los derechos escritos y no escritos y no respetaba, de eso me di cuenta más adelante, cosa alguna a no ser que respetara también a su propietario, lo que no ocurría muy a menudo.

Aquella tarde empezó a llover. Aceleramos el paso y dimos la vuelta. Luego echamos a correr. Cuando llegamos a las primeras casas, se detuvo y de un portalón cogió un enorme paraguas negro. No era suyo pero estoy seguro que tampoco lo devolvió nunca... aún resuenan en mis oídos su risa, con la misma fuerza... su risa y sus ojos brillantes mientras me miraba ¡pobre de mí! palpitando por tocarla, sólo eso, el cuerpo, su cuerpo ¡y al carajo con todo lo demás!

[...]

Buscaba algún método para orientarme si me perdía. Una experiencia ¡Nada! ¿Un consejo? ¡Ninguno! Además ¿dónde buscarlo...? Mi afán era una realidad improvisada cabalgando sobre lo más extraordinario ¡no estaba hecho para durar! Una realidad prendida con los alfileres de su belleza y mi deseo... lo he repetido lo menos treinta veces... sí, ya lo sé, voy para viejo, que no chochee tanto como mis colegas no quiere decir que controle al detalle. Consigo explicarme, corrigiendo sin parar hasta dejar todo claro aunque todo sería más fácil si hubiese perdido algo de memoria. Pero ya ves... en fin, por alguna razón que se me escapa, yo entonces tenía la corazonada que después de tanto navegar había encontrado por fin la

deriva adecuada, lo que demuestra que si el deseo es ciego, el sentido común es gilipollas. Ciertamente, hubiera debido saber que la dirección correcta era otra cosa pero yo no me preocupaba [Para qué? De una forma u otra acabaría estrellándome — ¡no, ya sé que eso no podía saberlo todavía!— Pero ni eso me importaba ¡qué demonios! tenía veintisiete años y ante mí, solamente los ídolos grises de nuestra juventud tan poco apetitosos y sin embargo omnipresentes. ¡Aquellos principios fulgurantes! ¡Aquellos héroes de esto y de lo otro! ¡Aquellos sublimes sermones! A pie firme, sin atrevernos a mover un dedo, con España entera deshecha en lágrimas, conmovida. Mira lo que te digo ¡me chifla carcajearme! me hace sentir menos ridículo...

[...]

¡No, nada de método! como os iba diciendo, mi relación con Laura fue pura improvisación... —seguimos donde lo había dejado—, la búsqueda de una respuesta... en fin, cómo hacerme con aquella mujer sin arriesgarlo todo. No era mucho, claro, lo que tenía, apenas un poco de tranquilidad, la justa para ir tirando. Había sacrificado los sueños, la esperanza, la fe en la amistad. Pero el mayor sacrificio fue renunciar a fugarme. Mi huida al Sáhara —no se me ocurría un lugar más exótico—, mi trabajo como periodista. Lo dejé todo para subir al carro de los triunfadores —perdón por la estupidez—, para reconstruir la España de unos pocos. Sí, me he portado como un jugador que apuesta todo lo que tiene a un solo número. La estadística dice que pierden siempre. Exactamente, lo que me ocurrió a mí... Vaya, por lo que veo, parece que me toca hacer inventario antes de seguir adelante... contaros qué clase de hombre era entonces, incapaz, incluso, de convertirme en uno de esos desengañados que sólo creen en el dinero y en la violencia aunque para eso, desde luego, no me hubieran faltado cualidades. Mi madre, decía que yo siempre titubeaba en exceso. Todo me atraía pero no lo suficiente, excepto Laura ¡ella no podía esperar! En cualquier caso, fue increíble mientras duró aquello como se llame, pasión, estado de alerta. Gracias a Laura, no sé, he llegado a pensar en aquella vida mía como en algo que realmente mereciera la pena, sí, como si fuera una mujer prometidora que ha terminado, también ella, poniéndome los cuernos sin que yo, imbécil de mí, haya dejado de adorarla...

[...]

Y... ¿dónde estábamos? Laura me iba diciendo que el amor era algo radical como... ¿qué? pregunté. Y es que yo vacilaba, vacilaba siempre en lugar de hacer lo que debía, como abrazarla para ver si le quedaban ganas de seguir porfiando, convencerla de que la amaba y de paso salir yo también de dudas. Recuerdo que contestó algo así como que cuando el amor es amor, todo es amor aunque vaya

unido a las penas: el pan caliente —decía— o el vaso de agua por ejemplo, se transforman en una vibración de la propia carne difícil de describir con palabras. Me dejó mudo, absolutamente mudo, con mi mano sobre su rodilla, ¡silencioso como un muerto! De pronto, allí donde os cuento, se desató un tormentón de la hostia, el viento azotaba las catalpas y algunas tejas planeaban antes de estrellarse contra el suelo: había relámpagos, truenos, el agua... aquella maldita tormenta no pudo ser más inoportuna. Laura se levantó y abrió la ventana. Me hizo señas para que me acercase. Entonces vi sus ojos y supe que esa mujer era alguien a quien nadie llegaría a poseer aunque la conquistase. Su alma se hurtaba de tal forma que había momentos, aquel era uno de ellos, en que su cuerpo podía considerarse vacío. Me fui sin saber si volvería a verla o, por el contrario, ya nos habíamos dicho todo lo que teníamos que decir.

[... ..]

Pero no quería empezar así: montones de escombros y restos de vida... y la tira de fabulaciones en montículos, formando cerros de mentiras y encima palabras sin sentido, unas sobre otras, a horcajadas, No hay quien reconozca nada, la verdad se esconde detrás de esta humareda. No me canso de repetirlo, pero es que no hay otro remedio ¿verdad? Para daros una idea, ando buscando a tientas y a fuerza de trompicones dentro y fuera del cuento, cuando lo que en realidad quisiera es dar con los sentimientos que provocaron en mi vida aquel derrotar absurdo entre el vado y la fuente. Es como si me viera a mí mismo, enamorado, en pie, casi en guardia... con que me

detengo y busco, aprieto las mandíbulas y fijo los ojos en algún punto cercano, me concentro y me vacío... ¡ánimo hombre! ¡ya falta menos! me digo y lo intento otra vez en voz alta, para no distraerme, pero es imposible, el esfuerzo me agota enseguida.

Pero, ya sigo... estaba explicando, a modo de monólogo, que no tengo malditas las ganas de reorganizar mi vida aunque tenga derecho a adornarla un poco. No, ni siquiera para contársela a alguien que después se la contará a mis hijos porque yo no fui capaz de hacerlo. Me pregunto si no sería mejor tirar esta historia al cesto de los papeles, si no sería mejor olvidar, total ¿a quién pretendo engañar? ¡vamos...! tengo una cabeza que funciona como un archivo desordenado por mi propia ansiedad: a veces recuerdo unas cosas, a veces otras según me va, dependiendo siempre de las ganas o de las fuerzas que me sobran al final del día. A un hombre viejo como yo ¿qué puede importarle? Ya nada importa nada.. a no ser que tengas que vender algo y entonces, bueno, en ese caso, te lías a decir mentiras y lo arreglas, en política, por ejemplo, en las escuelas... hay que contar

muchos cuentos para salir adelante, no sea que se nos frustren los electores o los chicos ¡las verdades de los cojones! ¡ni que sirvieran de mucho!

[...]

A todo esto, mi madre no decía nada y mi padre tampoco. La prueba es que vieron cómo rompía con Carmen y no movieron un dedo. Sagaces, los viejos ¿no? Vieron cómo balbuceaba cuando hablaba con ella por teléfono y cómo gastaba el poco dinero que tenía en continuos regalos y siguieron sin decir ni pío. Pero es que no me conocían... ¿o sí? ¿acaso malintrepreté su silencio? No, no me siento orgulloso, estoy aquí, derrotado pero consciente, rodeado de fantasmas, empeñado en quitármelos de encima para que no me liquiden, veintisiete años, el hambre y yo, un señorito empeñado en creer que las mujeres se le daban bien por el cargo, la mierda de cargo del Sindicato. Tan peinados todos ¡la panda de los Onésimos nos llamaban! y fuera de eso nada, tierra batida podríamos decir, me refiero a los amigos, los camaradas, los zombis ésos de camisa azul —la mía la primera— con tanto sobresalto político y tanta leche, tenía que poner cuidado en cubrirme las espaldas. En serio, nada divertido. Según los flechas, lo principal era reconstruir España, que avanzábamos, decían, los muy cabrones. Pero también decían que se habían conocido días peores —¿quién, quién los había conocido? ¿ellos, nosotros? —. Es que me tenían hartos con tanta consigna.

La cosa era que no me la podía quitar de la cabeza... sus ojos... ¿dónde había visto yo antes esos ojos? En fin, que me enamoré de ella a primera vista. Me enamoró la agresiva inquietud que emanaba. Sí, no cabía duda, tenía algo de femme fatal. Era ardiente e imaginativa, caprichosa y a la vez bastante prosaica. Fumaba, bebía piperment, al contrario de las otras mujeres que había conocido ella no se esforzaba por parecer honesta. Me enamoré, pues, de esta mujer. De los relámpagos de sus ojos verdes, cuyo vertiginoso encanto tomaba por el misterio de la feminidad. Y aunque al principio, no parecía interesarle mucho mi persona, fue ella quien, con el paso de los días, consiguió sacarme del pantano de mi timidez. Al menos durante cierto tiempo. Me escuchaba, me preguntaba sobre el trabajo, parecía que todo lo que yo decía le interesaba. Este trato produjo en mí un efecto enorme. Me hinché como un buñuelo, me revolqué, lleno de aire, en el aceite hirviendo de su dulzura. ¡Una época estupenda! Nada entretiene más que las ilusiones. Laura me siguió el juego por un rato. Pero no mucho. Sus dioses se llamaban Viento, Ambición y Capricho. Nunca olvidaré sus palabras: Creo que debemos dejarlo. Llevamos saliendo cuatro meses y creo que es hora de tomar una decisión. O nos casamos o nos despedimos. Esto empieza a aburrirme.

Me dejó temblando. Bebí varias copas de cognac en el Universal para ayudarme a tragar éste, el primer sapo de mi vida, y caminé lentamente por la orilla del río

hasta llegar a la desembocadura de la Esgueva. Hacía calor, un calor asombroso para la estación. Me senté y cerré los ojos intentando escuchar los ruidos que procedían de mi cabeza. Permanecí muy atento. Nada. ¿O es que no había allí borboteantes razones que imponían su criterio? Por lo menos me pareció oírlas y enseguida las oí de verdad. Porque ¿de qué íbamos a vivir? seguro que ella no se lo había planteado ¿y mis oposiciones? aparentemente la tenía todo sin cuidado. No había querido escucharme. Recuerdo que cuando terminó de decir lo de «esto empieza a aburrirme» se levantó y se fue.

[...]

Durante algún tiempo la perdí de vista. Dijeron que se había marchado a Madrid... cuestión de gustos eso de pasar por exilada ¡ya lo creo! esperando las señales de humo que la hiciesen volver, mías o de otro... el fin de la alerta... ¡las señales! bueno, yo es que no veía forma de arreglarlo. Sin embargo, seguí con lo mío: las oposiciones eran un objetivo ideal para ocupar el tiempo. Pero justo entonces se me ocurrió lo de la zorra, es decir, la estrategia de la zorra y decidí arrimarme al árbol para ver cómo iban las peras. Llamaba a sus tías con cualquier motivo. Las llamé no sé cuántas veces: que si el tiempo que hacía que no las veía, que qué tal le iba a su sobrina, que cómo se encontraban sus queridos parientes. Cerraba los postigos y me sentaba al lado del teléfono con la luz apagada. Dentro me llovían los pensamientos. Torbellinos de ideas que se posaban encima de mis párpados como polillas. La que más me gustó fue la de la muerte. Por lo menos esta era una idea seria, Nunca antes se me había ocurrido pensar en semejantes cosas!

Oh, pero seguía sin verlo claro ¡palabra! Después, amaneció septiembre. Un día de septiembre monstruosamente cálido que me hizo dudar de mi recién adquirida experiencia en la contemplación de los novísimos. Y ya eran ferias. Así que salí de la habitación y me fui de paseo. Decían que estaban echando «Cantando bajo la lluvia» en el Pradera. No era muy lejos de mi casa. A veces, desde el balcón, oíamos la sintonía del NO-DO como una tormenta veraniega tras el horizonte. Nos encontramos a la puerta del teatro. Cuando la vi, supe que las semanas son una convención estúpida: el tiempo no se mueve, no corre, ni siquiera se agita. Me dominó un terrible cansancio. Y volvimos a hablar. Mientras hablábamos, como si no hubiera pasado nada, yo la miraba el escote y ella, bueno, enrojecía de placer mientras seguíamos hablando. Estaba atontado por tanta belleza: con unos ojos de besugo que se me salían de las órbitas. De repente, toda mi falsa seguridad se desvaneció por completo. Cuanto más me acercaba a ella, menos cuenta me daba de lo que hacía. Las rítmicas sacudidas de su melena eran como golpes de látigo sobre los débiles lomos de mi alma. Me invadió la nostalgia de su cuerpo, una

nostalgia dolorosa y dulzona, como un escozor del pensamiento, una terrible nostalgia de caricias que me llevaran, que me pusieran sobre su regazo, que me rozaran las mejillas y me sobaran el cabello. Laura te quiero, murmuré. Cuando quise darme cuenta nos habíamos liado otra vez.

De ahí, otra vez, a la casa de Montealegre, fue sólo un paso. ¡No veas la que se armó! En el comedor, lleno de sillas y de sillones como la sala de espera de una estación y los retratos en los marcos ovalados, aquellos vejestorios ilustrando las paredes encaladas, presidiendo la faena entre las idas y venidas de la novia y los vasos de jerez, y los ceniceros y los platitos de porcelana... Como un ataque, me asaltó de repente, el conocimiento de la inutilidad fundamental de todos nuestros planes: la independencia, el futuro profesional. Era un rapto de lucidez que conocía bastante bien ya que solía atacar de vez en cuando. Desde jovencito había conocido frenazos similares, agujeros en los que todo optimismo podía desaparecer de repente como engullido por el abismo.

Supuse que no duraría mucho. Es un maldito embuste decir que no podemos saber lo que nos espera. Lo que ocurre es que, aunque lo sepamos, no podemos explicarlo: ni a los otros, porque no nos creerían, ni a nosotros mismos porque nos negamos a creerlo. Pero conocemos los presentimientos. Una suerte de cuchillo, helado como una estalactita, que deja gotear su frío en el mismísimo centro de nuestra alma, También entonces un frío húmedo me empapaba. Pero lo confundí con miedo. El sudor que produce el miedo ante lo inevitable: La boda se anunciaría para el quince de noviembre, en los Filipinos.

[...]

i Vamos, César! continúa, no te detengas, ahora viene lo bueno: todo eso de la casa y los muebles quejumbrosos, el silencio y el periódico... las tardes de cine ¿qué películas veáis? ¿«Raza»? , ¿«Agustina de Aragón», quizá? No me acuerdo. Todo se volvió tan previsible... Lo que había de suceder, cada día, aparecía ante nuestros ojos con la fuerza de un edicto. De repente, el aburrimiento adquirió dimensiones homéricas. Se anunciaba como el rumor de un mar lejano. Un mar de errores, cansancio y tópicos. Al cabo de un tiempo se convirtió en el petardeo de miles de reproches, minúsculos malentendidos de dos seres abrumados por los desencuentros, una mala contestación aquí, una discusión allá, a veces las dos cosas una detrás de la otra. Mis hermanas la veían salir a cualquier hora, taconeando de prisa y mirando al frente: tic-tac-toc-toc como un reloj con patas y al día siguiente otra vez y otra. Y no es que me entusiasmaran esos paseos pero ¡vamos! tampoco era como para atarla a la pata de la cama porque dijeran que se pasaba el día en la calle, en fin, mantuve la calma hasta donde pude, brizna a

brizna y eso que le hubiera bastado apenas una pequeña explicación para convencerme, una simple disculpa de nada... Un día, el asunto tocó fondo y tuvimos unas palabras ¡con gestos y todo! Sí, gestos, me refiero al corte de mangas que ella hizo antes de mandarme a la mierda y salir de la habitación corriendo. Afuera, en el mundo de todos los días, se acurrucaba la esperanza como una pequeña nube de gris plomizo que insinuaba una felicidad inimaginable. Eran nuestros sueños convertidos en fantasmas: sonrisas, noches de amor, paseos a la orilla del río, un pequeño utilitario aparcado frente a la puerta, unos niños con sus carteras de colegio bajando a todo correr por las escaleras y desapareciendo en el color barquillo de la tarde.

[...]

Un día vino a decirme que esperábamos un hijo. Lo dijo como si estuviera saldando una vieja deuda. Al menos, esa impresión me dio entonces. No parecía contenta, no, ni mucho menos. Estaba allí, frente a mí, en el mismo centro del universo, allí donde no podía haber ninguna otra cosa salvo su presencia, con una expresión glacial y un brillo extraño en las pupilas. Hablaba, hablaba ¿qué estaba diciendo? «ninguno más, ¡promételo!» y luego siguió limándose las uñas mientras esperaba a que yo dijese algo. Pero yo no podía decir nada ¿qué iba a decir? me encontraba muy raro. Probé con ella mi mirada paternal —recién inventada— pero no tuve éxitos. No era extraño, puesto que ella ni siquiera se dio cuenta. Parecía desentendida, como ajena a todo lo que la rodeaba ¡y no dejaba de limarse las uñas! Grácil como siempre, más delgada quizá, melancólica, tan poco apta para la vida de madre como para la de mujer casada, en otras palabras, alguien necesitado de una ayuda urgente. Me propuse ser yo quien lo intentase, no por nada sino porque me resultaba difícil creer que ella pudiera encontrar ayuda en otra parte. Pareció adivinar mis intenciones. En cualquier caso, se cuidó, enseguida, de alejarme de su lado con el pretexto de que yo no le hacía falta para nada... de momento, que ya me llamaría, dijo y hasta entonces promételo, promételo repetía y entonces le prometí, sí, ¡cómo no! que no volveríamos a tener más hijos a no ser que ella misma los necesitase. Entonces la vi sonreír. De oreja a oreja. Lo comprendía todo, Yo nunca había conocido una mujer semejante. Pero al mismo tiempo era enormemente ingenua. Tampoco había conocido semejante ingenuidad. Tuve que admitir que me fascinaba cada día más. En cierto modo causaba la impresión de estar resignada a su destino, de cualquier clase que fuera. Pero al mismo tiempo parecía desesperada. Su desesperación consistía en una especie de inadaptación, en no estar nunca donde parecía estar. Probablemente se habría escapado si alguien le hubiese puesto los medios, el estado de ánimo, la

insensatez de toda huida frente a la realidad, en la bandeja de un único instante milagroso.

[...]

Cuando nació María, Laura me abandonó y se fue a dormir a otro cuarto. Lloraba al verla marchar, no me fiaba. Me dijo que sólo serían unas semanas, hasta que pudiese recuperarse un poco. Pero no era sincera, parecía razonable pero ¡se estaba quedando conmigo! ¿La cuarentena...? ¡venga ya! Luego una noche apareció en el cuarto y se tumbó en la cama, a mi lado. ¡por dios! ¿qué estaba ocurriendo? Los animales nos llevan una buena ventaja: saben enseguida lo que va a pasar, lo que no. Pero nosotros vacilamos, nos empantanamos y así nos va ¡veinte veces más imbéciles que ellos! Así estaban las cosas. Yo rabioso y ella caliente ¿puedes creerlo? Estuve a punto de quitármela de encima pero no pude ¡la deseaba demasiado! así que, mientras por una parte sentía algo parecido a la aversión física, por abajo, mi cuerpo se fundía con el suyo húmedo, sin ninguna capacidad de resistencia, Aquello no volvió a repetirse pero tampoco pude olvidarlo. A veces le pedía que viniera a dormir conmigo. En agradecimiento, la dejaba estar. Hablábamos de naderías. La contaba lo que había hecho durante todo el día, a quién había encontrado. Adornaba las cosas para distraerla. A ella, creo, le agradaba escuchar mis relatos. Me miraba fijamente con sus inmensos ojos color ciruela y las manos cruzadas debajo de la nuca. Entonces no era una pantera, ni siquiera una pequeña como había creído siempre. Era una gata de angora adormilada con las uñas recién limadas y el lomo suave como la seda. Me alegraba tenerla tan cerca, sobre todo algunas noches, cuando también hacíamos el amor.

Durante el día trabajaba duro y en condiciones más bien difíciles. Esto me parecía un tributo necesario a la locura de haber formado una familia antes de tiempo. Solía levantarme a las seis y no regresaba hasta las tres. Después, salía otra vez hacia las cinco y nunca llegaba a casa antes de las nueve. Trabajaba para una gestoría, vendía seguros y esas cosas. El escaso dinero que conseguía me alcanzaba apenas para mantener la casa. Laura encontraba esta situación insoportable y no cesaba de echármela en cara. Sobre todo, cuando volvió a quedar embarazada.

[...]

Se quedó parada, mirándome, una mirada serena de verdad, nada desplomada, en fin, así me parecía, ¿De tres meses dijo? pero no, aún no, miré el reloj eran las cuatro de la tarde y María, creo, sí, tema siete años, ¿cuántos? sí, creo que unos

siete, aunque quizá fueran ocho. Recordé lo que me había hecho prometer hacía tanto tiempo y, de nuevo esta vez, tampoco supe qué decir.

Ahora venía mucho más a menudo a mi habitación. Mientras paseábamos en público, del brazo y con la niña, alimentando por todos los medios el rumor de nuestra feliz relación, todo iba bien, pero en cuanto estábamos solos, nos dominaba un profundo sentimiento de extrañeza: ninguno de los dos era para el otro lo que el otro necesitaba de verdad. Nos sentábamos al borde de la cama como una pareja de desconocidos que no tuviera nada en común. Nos mirábamos a la cara y cerrábamos los ojos para besarnos. La boca de Laura sabía a naranjas amargas. Su lengua parecía un renacuajo que buscara un charco para jugar.

[...]

Cuando en marzo comenzó mi trabajo en la gestoría que había montado con Raúl, creí haber llegado a la meta. Disponía súbitamente de la posibilidad de decir que tenía un futuro que sólo dependía de mi esfuerzo. Del mío y del suyo. Nunca olvidaré cuando le anuncié en voz alta que nos cambiábamos de piso. Me miró confusa y la alegría que sentí fue como una puntada de color en la tela gris de mi vida. Sólo tenía que seguir añadiendo puntadas como ésas para crear un magnífico cuadro.

[...]

Pasó el tiempo y una noche oí que, con los nudillos en la puerta, alguien, muy bajito, golpeaba. Había hecho bien en quedarme vestido, entreabrí: «Disculpa... ¡a esta horas...! pero debo hablarte porque mañana tal vez no esté aquí... necesito pensar, creo que me iré unos días al pueblo...» Tenía puesto el camisón, se había levantado de la cama sólo para venir a decirme eso y además cuchicheaba ¿por qué? Iba a preguntárselo... «podías llevar a la niña con tu madre». Vaya, lo tenía todo pensado. Le pedí que entrase... «No. Salgo a primera hora, sólo venía a decírtelo, no quería molestarte» Me explicó que tenía ganas de pasear por el campo. «Será estupendo pasear ahora por el campo...» dijo y me sonó raro porque a ella el campo nunca le había gustado. «Si llueve...» «No importa, será por poco tiempo.»

Y volvió a su cuarto. A la mañana siguiente desapareció. La imaginé en el autobús, feliz por encontrarse sola como un vilano barrido por el viento en medio de aquel erial llano y muy extenso que conducía a su pueblo. Aprisa, aprisa, aprisa les rogaría a las ruedas. Basta de hijos, de maridos, de deberes. Bien sabía ella que fuera de eso no tenía nada. Y sin embargo, ¡no dejaría de ser una Nada multicolor! Llevé a la niña con mi madre y durante esos días pensé mucho en ella, cada

minuto pensando en ella, transfigurado en su sombra por la fuerza de la melancolía.

Cuando regresó, al cabo de unos días, me dijo que lo había estado pensando y que no estaba segura de quererme, que cada día se encontraba más lejos de todo, mejor dicho, rectificó, que cada día todo se encontraba más lejos de ella, incluido su propio cuerpo que ya abultaba lo suyo... siguió hablando un rato y terminó diciendo que ya no le encontraba sentido a nada, ni a la vida, ni a sus hijos, ni mucho menos a mí. ¡Por Dios! ¿pero qué era eso del sentido de la vida? pensé ¿De qué está hablando? Era una mujer casada con una hija y a punto de dar a luz a su segundo. No tenía dónde caerse muerta: ni dinero, ni bienes, ni oficio de ninguna clase ¡Pero qué estaba diciendo! Convivir con alguien no es una cuestión de azar o cualquier otra facultad mental natural. Convivir es una cuestión de resistencia. Se trata de mantener en equilibrio, sobre la perfecta inverosimilitud de la vida, dos realidades diferentes. El amor es otra cosa. Puede ser, incluso, un añadido desde mi punto de vista tampoco imprescindible. Es más, sus aportaciones, permanentemente bajo las desfavorables condiciones de la excitación física, no hacen más que complicar las cosas. Véase mi caso: yo la amaba pero mi amor no servía de nada. Eso sí, con tal de que se explicase estaba dispuesto a escuchar de todo. Que hablara de su malestar, que no dejara de hablar, que me dijera, por lo menos, si tenía pensado hacer algo al respecto... ¡Y claro que lo tenía! Pero no inmediatamente, quería esperar, entre otras cosas, a que naciese el niño. Añadió que, a pesar de lo que acababa de decir, no era su intención hacer daño a nadie, ni siquiera a mí, que lo único que pretendía era reorganizar su vida, detenerse un poco antes de seguir...« ¡No más errores! » , añadió, porque ya no podía permitírselos. Aquello me llamó la atención, me pareció un detalle curioso...; en fin, se me ocurrió de repente ¿Desde cuándo? Errores ¿Desde cuándo? ¡Joder! Tenía derecho a saberlo, ¿no? Pero no pregunté nada, dejamos enfriar el tema y los días siguieron pasando y no ocurrió nada.

Se dice pronto ¡nada! Nació Juan y nada, echó a andar la gestoría y nada. Laura no perdía el tiempo en pequeñeces. De tanto en tanto, algún rayo de esperanza, débil, aparecía y desaparecía por el tragaluz de mi vida. Pero ¿cómo me las arreglaba? El trabajo acababa tarde, primero a las siete, después a las ocho y más tarde aún. Yo terminaba agotado, obsesionado con la idea de que había que reservar algunos minutos para la familia, los niños, Laura, que parecía de repente tan tranquila, mordisqueando los minutos que pasábamos juntos como mordisqueea un niño su lápiz de colores y entre tanto... nos dábamos amablemente los buenos días, me preguntaba «[Qué tal?】 y yo respondía «¡Bien!» y entonces ella solía advertirme que tenía que cambiarme de camisa o comprarme unos calcetines, que

la niña necesitaba zapatos... Vivíamos a golpe de calendario. Haciendo ejercicios malabares yo conseguía mantener un cierto equilibrio ¡ya lo creo! Y además, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que no se quebrara. Por entonces, ni siquiera mi madre consiguió hacerme cambiar de idea: «mira hijo —decía— que yo creo que, en lugar de Raúl, ¿por qué no haces tú el trabajo de casa?» De esta manera, yo seguí trabajando en la calle, con las gestiones, y Raúl, en casa, con ella.

[...]

No se cómo, de repente, se derrumbó todo. Ni una palabra más... no era el momento de discutir... aunque quizá no fue todo tan de repente. Seguro que llevaba meses sucediendo delante de mis narices y yo sin darme cuenta ¡la muy zorra! ¡ah! por fin había tenido que pasar... y yo ¿qué podía hacer...? Llevábamos años saliendo juntos, Raúl, su mujer y nosotros, ¡años! y todos esos malditos años, no sé cuántos, me los pasé siendo un cornudo, Cada vez que lo recuerdo me dan ganas de vomitar ¿Laura...? ¿Raúl...? ¡la madre que los parió! A propósito, ella no dijo ni palabra antes de dejarnos. Su única preocupación, entonces, eran los posibles inconvenientes legales. En fin, que lo único que la importaba era que la dejase marchar por las buenas. El juicio de separación, la custodia de los hijos, ¡nada! Ya no quería saber nada. Pero vayamos por partes.

Primero fue lo del trabajo: de buenas a primeras dijo que quería ponerse a trabajar. Yo, claro, no la veía de camarera, ni de secretaria, ni de... ¡pero si apenas sabía escribir a máquina con dos dedos! Que preguntaría, dije, más que nada por ganar tiempo. Pero ella dale que dale, sin parar, insistiendo todo el rato. Al final, decidimos que quizá podría echarnos una mano en la gestoría. ¿De acuerdo? Oh, sí, claro que sí. Encantada, estaba encantada. Y bueno, eso fue lo primero pero no lo último. Empecé a notar algunas cosas, por ejemplo, cuando entraba en la oficina, enfilaba siempre la mesa de Raúl... oh, muy despacio, mientras hablaba de cualquier cosa se iba acercando suave, muy suavemente y entonces él, las aletas de su nariz quiero decir, aleteaban como mariposas. No, no exactamente, para que te hagas una idea, era como si temblaran. Sucedió varias veces pero nada, pensé que era una casualidad, algo sin importancia ¡hay que ver! ahora parece terriblemente gracioso pero entonces, cuando me enteré de todo y me puse a reflexionar sobre cuándo había empezado ¡sí..!, esos detalles surgían ante mí encadenados unos a otros como guirnaldas que alguien hubiera colgado por sorpresa delante de la puerta de mi cuarto ¡por fuerza tenía que verlos!

Y hubo más cosas, ya digo ¡cientos! En todo caso, y a poco que hubiera reflexionado, no existía confusión posible: una auténtica lluvia de patadas contra las vigas de mi asombro... ¡verdaderas ondas expansivas! borrascas dentro de

borrascas, aún con la cabeza bajo el ala no podía ni pensar en hacerme el distraído... tenía que pasar por ello y listo, todo acaba, me dije y, sin más, cambiaba de registro, me ponía a pensar en otra cosa.

[...]

Ahora me pregunto qué me mantenía en esta absurda niebla. Ni siquiera desconfiaba. Pero parecía necesitarla. Por aquel entonces, éramos totalmente célibes, no sólo sexualmente sino también en lo que atañe a nuestra pobre sensualidad. Llegué a creer, quién sabe por qué, que Laura se había vuelto frígida; suponiendo que los reciba, pensaba, los estímulos tardan bastante en llegar a su cerebro, en oleadas, a ráfagas, no sé. Además, yo no quería abandonarla sencillamente, pienso ahora, me había convertido en un espectador de gorra, en perpetua espera ¡un verdadero ejemplo de apocamiento vital! Se trataba de no hacer nada que pudiera precipitar el desenlace. Ni práctica ni emocionalmente. Así no podíamos continuar Siempre, pero mientras duró nos encontramos, por decirlo de alguna manera, bien instalados en nuestra inestable situación. En fin, era complicado. Yo no quería aparecer descontento o amedrentado... Nuestra relación, ya digo, parecía una plataforma en medio de un terremoto: subía y volvía a bajar, siguiendo los temblores, una montaña rusa... no creía yo que pudiera ser tan flexible pero ¡sí.. ! ¡lo era...! ¡casi como de goma! Nos sosteníamos sobre ella ondulando y habría podido resquebrajarse, desplomarse; ¿cuánto resistiría? De conflicto en conflicto llevábamos diez años y entonces recuerdo, sí, un día dijo que se encontraba un poco deprimida y que quería marcharse a Madrid, con su madre. Pensé de nuevo en la dichosa plataforma, claro, ¡tenía que reventar! y aquel era un momento tan bueno como otro cualquiera. Pero se acercaban las Navidades y ella se marchaba. Insistió, eso sí, en que no me preocupara, que estaría de vuelta antes de que pudiera darme cuenta ¿Verdad? y yo, claro, dije sí, naturalmente, natural* mente, se trataba de tener un poco de paciencia y pronto nos veríamos otra vez todos juntos... unidos... sólo un poco de traqueteo, nada más. Me sentía entumecido y al mismo tiempo esposado a su muñeca. Tenía miedo de aquella separación. Me dejaría completamente solo. Hasta entonces, compartíamos la soledad y, aunque de esta forma, la hacíamos mucho mayor, yo ya me había acostumbrado.

Pero se lo pedí por favor, no te vayas y, al decirlo, se me escapó la risa porque ni yo mismo creía que fuera a hacerme caso. Necesité toda una semana para convencerme de que, de verdad, se había marchado.

[...]

Así que una mañana de diciembre la acompañé al tren. La despedida fue tierna... bueno, casi tierna, pero no arregló nada ¡oh, claro que no! y es que lo más grave ahora, en un sentido, era la cruda realidad: Raúl y yo seguíamos trabajando juntos, y eso que aquel indeseable no fue capaz de decírmelo a la cara, ni siquiera después de que Laura —la llamé por teléfono para ver cómo iba todo— me lo soltara de golpe. Sí ¡fue fácil! Ella quería que me enterase de una vez por todas. Sentí un desconcierto terrible. «Me voy, César, esta vez me voy de verdad». Se lo hice repetir. «He dicho que me marchó. Creo que lo mejor sería que enviases a alguien a por el niño porque no pienso volver». La cabeza me daba vueltas, la visión borrosa... no me dio tiempo a reaccionar ¡joder! colgó el teléfono. Como no era momento de titubear llamé enseguida a mi hermano y le conté lo sucedido. No hizo ningún comentario, pero me preguntó si se había ido sola... ¿Cómo? No, sola no, con el pequeño y él, mi hermano, ¡vamos, César, no me refería al niño ¿estás seguro? y yo ¡pero cómo que si estoy seguro...! a gritos ¡menudos gritos! y mi hermano Pablo, a punto de perder la paciencia; quiero decir, repe tía, quiero decir... ¿tú sabes si hay alguien por medio! Yo no entendía a qué venía esa pregunta... pero ¿qué quieres decir con alguien, hombre?; y él, no sé, es sólo una curiosidad ¿sabes algo o no? Pero yo no sabía, no quería saber nada y entonces mi hermano Pablo se fue a Madrid para intentar convencerla de que volviese aunque sólo fuera por los niños y a medida que hablaban, mi hermano iba comprendiendo que no, que ella ya no me quería y cuando insistió en saber cómo pensaba arreglárselas, tal vez al final de la conversación, no sé, ella contestó que volvía a casarse o qué se creía, algo irritada, como si le molestasen las dudas de que pudiera dejarlo todo, o al menos lo poco que tenía, por la simple aventura y añadió que ya iba siendo hora de que lo supiéramos, también tu hermano, insistió, de lo cual dedujo Pablo, o así me lo dio a entender, que tal y como suponía, Laura no se iba a marchar sola y entonces, creo, fue entonces, él volvió a preguntar, pero César, ¿sabe César quién es...? y ella, sonriendo, debería saberlo dijo y claro, mi hermano creyó que yo le había engañado y, por vergüenza, no había querido contarle que Laura me la había jugado así que, cuando volvió con el niño, lo primero que hizo fue preguntarme quién era el otro y de este modo me enteré yo de que había otro y que ese otro era Raúl es decir, tenía que ser Raúl porque ¿quién si no? y mi hermano insistía tú, por mí, ¿no sospechabas nada? y, esta vez, fui yo el que gritó ¡sospechar! acaso tiene uno el deber de sospechar cuando todavía, el último domingo, al encontrarme con Raúl y su mujer a la salida de misa y bueno, hablando de todo un poco, yo le había pedido a ella que llamase a Laura como cosa suya, con la disculpa de las Navidades y todo eso y entonces él ¿en qué estaría pensando? entonces él movió la cabeza así, de un lado para otro como diciendo desde luego, desde luego, un poco incrédulo, ¿ves? y al día

siguiente, creo recordar, no apareció por el despacho y al otro tampoco, aunque yo seguí sin darle importancia y bueno, estábamos a viernes y ahora venía mi hermano preguntándome si no sospechaba nada, con que agarré el teléfono y llamé a su casa. Cuando cogió el teléfono, su mujer lloraba, estaba llorando y por esa forma de llorar suya supe, esta vez sin que nadie me dijera nada, que lo peor ya había ocurrido, el infinito peor que, si es posible, acaba por suceder siempre, es decir, en mi caso, esa cosa tan típica de la señora de uno y el amigo de toda la vida y que, por muy típica que fuera, a saber dios cómo iba a poder yo asimilarla.

Pero lo hice, mejor dicho, me asmiló la cosa a mí, no sé, traté de recomponer mi vida. El juzgado de lo civil dictó las medidas provisionales concediéndome la patria potestad y privando a Laura de cualquier derecho, presente o futuro, sobre sus hijos. El tribunal eclesiástico, por su parte, no hizo sino dar largas: pasaron años antes de conocer la sentencia pero cuando llegó, me tenía ya perfectamente sin cuidado. No volví a casarme nunca. Un día, cuando María cumplía los quince años, llegó una carta a casa: era de su madre, decía que la echaba de menos. Ni siquiera me molesté en comentarla, sabía la respuesta de mi hija: no la necesito dijo o algo así. Cinco años después nos enteramos de su separación y hace dos de su muerte, en un accidente de coche, la pobre.

Laura

...eras demasiado joven para entender. Pero aunque no lo hubieras sido, creo que tampoco hubiera sabido explicar

...tiempo, sobre todo para ti, que eras la mayor y recelabas como si quisieras juzgar sin saber del todo pero también sin ignorar como ignoran las criaturas al fondo de sus ojos redondos y azules. ¡Mi niña! recuerdo que cuando embarazada me sentía ausente de mí misma. A medida que pasaban los días había en mí más tú y menos yo y esa privación me hería el alma y no acertaba a sanarla. Ya sé, ya sé, si tú hubieras sido capaz de hablar crecemos juntas, madre, habrías dicho, ya no te inquietes, me hubiera tranquilizado. Pero tal y como eran las cosas me sentía estafada o como, sí, abrumada por una responsabilidad que nadie se había tomado la molestia de explicarme. Y es que dan por hecho, supongo, que las mujeres siempre estamos preparadas para eso. Claro que, ahora que lo pienso, yo compartía también esa teoría: era mi incapacidad para estar a la altura de las circunstancias, a mi propia altura, quiero decir, lo que me volvía tan agresiva y tan incompetente, Carecía de la experiencia de tener experiencia. Tanto que, durante largo tiempo, soñé que era única. «Esta niña es especial» le oí decir a la Hermana Amelia, mi profesora de Lengua. Es especial, dijo. Te juro que lo creí. Durante años viví rodeada, al menos eso pensaba, de una especie de aura que me hacía diferente a todas, aturdida y orgullosa a un tiempo. Me miraba en el espejo y no veía sino lo opaco de mi fantasía que dejaba transparentar apenas los rasgos decididos y temblorosos de una joven que se quería precisamente ella.

De entonces me viene también, aunque va desapareciendo con el tiempo, esa sensación de sentirse vigilada a todas horas. O más exactamente, contemplada. Como si hubiera alguien muy interesado en verme actuar, como si toda mi vida se desarrollase en un escenario y hubiera de conseguir un aplauso al final de cada acto. Había un ojo oculto que me veía jugar y cruzar las piernas —más adelante—, un testigo de mis pequeños robos —me encantaban los lápices y las gomas— y de mis pequeñas mentiras. Alguien a quién, de alguna manera, me era dado sobornar de vez en cuando: no para que cerrase los ojos, no, sino para que estuviera de acuerdo conmigo cuando los demás me dejaban sola. Sí, un testigo —¿quién sería?— que no me dejaba ni a sol ni a sombra.

No, yo no me parecía a esas que van por la vida pidiendo perdón por el lugar que ocupan. Me gustaba ser amable pero podía, y puedo, volverme agresiva cuando siento amenazado mi territorio. No tenía esa cosa delicada que los mayores llaman encanto. Lo mío era, más bien, una vitalidad de tipo sensual que, desde bien pequeña, llamaba la atención. La mía no, desde luego, pero sí la de los otros y, en particular, la de mi madre capaz de descubrir o inventar, sus efectos en

los momentos más Insospechados. Su insistencia, su vigilancia constante, terminaron por revelarme —ya en la adolescencia— que yo era lo que era, a saber, un codiciado objeto de deseo. Y me gustaba. Siempre me ha gustado sentirme deseada. Me hacía feliz. A mí, lo único que me importaba era vivir y me parecía que el deseo, esa fuerza intangible que desplegaba a mi paso, era como una huella: la huella de mi presencia, lo que debía ser. Apenas le daba importancia. Nunca me pregunté —entonces, quiero decir— para qué servía. Quién sabe, tal vez encontraba que era algo lógico con lo que todo el mundo debía aprender a vivir: el deseo, como el cansancio, la paciencia o la prisa no sé, un sentimiento más. Creía que un ser humano estaba obligado a despertar deseo. De modo que lo intentaba. Si te soy sincera, lo intenté siempre: era mi forma de hacer que los otros me quisieran. Con el tiempo se convirtió en una costumbre y cuando la magia desapareció, sentí como si me hubieran robado algo. Creo que eso coincidió —la primera vez— con mi primer embarazo: embarazada de ti y de la indiferencia de los otros. No, eso no podía soportarlo.

Y luego estaba también lo del paso del tiempo, que contigo a punto de llegar, grávida ya de ocho meses, fue un descubrimiento que casi me cuesta la vida. Sí, el paso del tiempo; inmóvil se me hacía para las rocas, para los demás incluso, pero no para mí, cuando los veía bañarse en la playa, —el destacamento de buceadores de la Guardia Civil— relucientes, pletóricos como charoles flexibles y el caucho negro velando sus ingles; ellos, digo, verano tras verano siempre jóvenes, yo, cada año, un poco más vieja, pensaba: llegará un día en que ni siquiera se vuelvan para mirarme y temía eso más que ahora que, en efecto, ya no se vuelven, pero que no me importa, o quizás sí pero da lo mismo, porque me he dado por vencida, he perdido esa clase de miedo al comprobar que, en realidad, no necesito su atención para sobrevivir —la atención de casi nadie— pero entonces ¡qué angustia! temía quedarme sola si no lograba seducir al otro y todo porque me veía ocupada y los demás también lo veían, que estaba ocupada de ocho meses que, de una forma u otra, pertenecía ya a alguien cuando lo único que yo quería era tener la posibilidad de ser más bien de todos, uno a uno, para saciarme y no volver a desear. Y es que el deseo, lo irás viendo, es algo tan indiscriminado como el hambre y aunque sentía que podía ser agradable —la tibieza de sus cuerpos—, lo que verdaderamente ansiaba era la dureza de su sexo, la tensión pura del deseo y luego, la paz al sentir la explosión de toda esa fuerza contenida a la altura de un ombligo interior que a veces me inventaba.

En fin, no sé qué te habrán contado, pero la verdad es que para algunas mujeres, entre ellas tu madre, el hecho de ser mujer no parece formar parte de su vocación: tienen que ponerse a ello, tienen que aprender lo que para otras, por lo visto, es

instintivo. Toda la vida oyendo hablar de las mujeres como de algo genérico ¡resulta imposible no equivocarse!. Cuando, desde los siete años, miras alrededor y no te reconoces en nada de lo que ves, tics, costumbres, los sueños de tus compañeras o sí, te reconoces en algunos, los menos, y extrañas todo lo demás entonces... la feminidad se convierte en una especie de dolor que termina por pasar si aguardas un poco. Me refiero, claro, a esa clase de feminidad que se han inventado los demás, éstos que la describen con mayúsculas en los libros.

Y hablando de escribir, quiero que sepas que ésta no es la primera carta que te escribo: lo he intentado muchas veces. Sentía una necesidad grande de explicar las cosas pero al tiempo, daba vueltas y vueltas sin decidirme a entrar en el porqué de tanta indecisión: como si las palabras me llegaran desnudas a la cabeza y tuviera vergüenza de ellas, necesidad de vestirlas antes de que tú las leyeras. Con tanto esfuerzo, el proyecto de escribir se diluía y quedaba aparcado horas, a veces semanas enteras. Solía ocurrir entonces que entre tanto, me invadía una fiebre de tierra que no sabía explicar. Paseaba por las calles con la vista prendida en los alféizares buscando tuestos y esquejes que robar, soñaba con lavandas y romeros y no veía la hora de trasplantar mis geranios en una alergia a la levedad del aire que me impulsaba a hundir las manos y el resto de mi cuerpo —los codos, las rodillas— en la tibieza del calor subterráneo para, desde allí, reunir fuerzas y dar un salto a la luz, germinar. Sí, aquel titubeo, se parecía al silencio en lo radical de la semilla y las palabras que debía decirte se me desmenuzaban en humus, vacías de sí mismas, desintegradas, incontables.

Otras veces, eran los recuerdos: aparecían de pronto y me obligaban a hablar. Querían ser contados despacio, a la manera de recuerdos, con esa natural lentitud producto, imagino, del gaseoso estado de una memoria reacia a condensarse en gotas tal, en el baño, el vapor de agua sobre el espejo impidiéndote ver algo que difícilmente se parece a ti, hasta tal punto te desconoces en las sombras del azogue. Del trato con ellos, tan esquivo, me quedó la costumbre del diario: los anotaba y, al instante, descansaba, Me quitaba de encima la obligación de recordarlos y podía pensar en otra cosa. En una palabra, me sentía más libre. Ahora, todos esos instantes han sido encerrados en las páginas de unos cuadernos que voy a dejarte en herencia. En parte te pertenecen porque, aunque empecé a escribirlos antes de que tú nacieras, fueron los años que pasé de madre, los más inspirados de todos: sentía verdadera necesidad de hablar conmigo misma.

Cuando estaba sola y delante del papel, se me venían a la cabeza cosas raras, mi relación con los signos era como de carne: ni siquiera curva la línea que describían al ir deslizándose por la página y de la página a la cabeza, como un flujo formado por la densa luz del flexo y el sepia de las palabras que iban

surgiendo. Aquellas palabras tan brillantes, engarzadas como gemas al esqueleto de un árbol. No, ni siquiera era una línea, la ondulante vibración de sentido que impregnaba las células de mi cerebro nadando contra corriente, entre la curiosidad y el cansancio que pinzaba mis párpados y los mantenía abiertos página a página. No, aquello ni siquiera «era», me doy cuenta ahora, porque se «es» siendo y las palabras que tenía delante parecían de sombra y no tenían nada, pero que nada que ver, con lo que yo intentaba explicar, siempre un poco más allá o un poco más acá de la impresión que las cosas habían producido en mi alma escocida, en la cuna del bulbo raquídeo, en la médula de los huesos allí, en fin, donde pudiera esconderse mi inalcanzable, translúcido yo que sin embargo goteaba, siempre lo supe, entre reflejos de recuerdos, nombres, sensaciones que volvían a aparecer en sueños como campanadas a media noche.

Y después era el cansancio. Las descripciones me cansan: es muy difícil que los demás entiendan cuando te saltas los pormenores. Yo temía que tú fueras de esas que carecen de imaginación. Prefiero la ambigüedad y el por qué y el cómo sugeridos a través de ese rajarte el alma que es la confesión. Cuando acabe esta carta volveré a mis diarios, al absurdo de las explosiones, —mitad pesadilla, mitad relato— donde puedo esconderme a gusto. Escribo para que comprendas, nada más.

...brevemente. Tenía veintidós años y el corazón mojado; recordaba los libros que había leído y comparaba mi vida con ellos: no veía nada que pudiese ser contado, nada que sirviera de justificación al tiempo vivido. Se sucedían los días y yo con ellos, —lluvia, escampar continuado— y a medida que pasaban, tendía a inventarme el futuro. Decían que el futuro me pertenecía como la vista o el sentido del equilibrio y nada de lo que pudiera acontecer en él, me era del todo ajeno. Pero estaba cansada de inventar a todas horas y poco a poco sentía que perdía inspiración. Había llegado el momento de hacer algo.

...vivía en el pueblo, con mis tías, especialmente consumidas después de la guerra, mujeres solas de siempre, al filo de trincheras construidas a base de mitones para la tropa y cartas de madrinazgos infinitos, cuando por la noche se miraban al espejo y veían, supongo que veían, dibujarse en el fondo del azogue, la sonrisa de aquel joven veterinario de encendido verbo, con el pelo peinado hacia atrás y pegado a la nuca, cuya muerte lloraban a escondidas desde el día de la emboscada en el Alto de los Leones

...como si quisieran que yo también aprendiese a llorar y sólo entonces, preparada para el dolor por la experiencia ajena, me fuese concedido el permiso

para empezar a vivir. Pero yo pensaba que para vivir no hacía falta ningún permiso, bastaba la vida que, la verdad, no sobraba, al menos lo que yo entendía por vida, que era eso que se leía en las revistas, un vivir de más afuera de las fronteras con un vaso en la mano, con un volante, a veces también con un cuadro o un libro y sobre todo, con un nombre que decir o firmar debajo

...tan escasa: la vida de entonces como el futuro, se heredaba, había poco que hacer al respecto por mucho que una se empeñara: sin estudios, señorita de provincias educada en el ahorro y en la modestia de las novias eternas, estaba destinada a ofrendar, a ofrendar la vida, la paciencia lo que fuera... con una marcada predilección por los corrales, a poder ser familiares.

Por cierto, guardo una foto muy elocuente, podría enseñártela: antes de morir mi padre, a pocos años de la guerra, él de pie, vestido de militar, con una mano sobre el hombro de mi madre que aparece sentada con una hija a cada lado, pies cruzados, manos también cruzadas sobre el regazo: idénticas las tres si no fuera porque en la expresión de mi rostro, con los labios apretados, se adivina una cierta resistencia a integrarme en el conjunto y también una melancolía en los ojos rasgados que dice: ni que los sueños mundo, espera y verás y

Pero bueno, no era eso lo que yo iba contarte: ocurre que no hago sino desviarme intentando desvelar el oculto sentido del devenir que, ya entonces, se preparaba meticulosamente para iniciar su asalto y engullirme como el gigantesco tragaldabas que antaño visitaba tus sueños de niña.

Te decía antes que tenía el corazón mojado. Sería, imagino, de tanto ponerlo al relente en las noches serenas y hermosas, tan perfectas, que parecía imposible vivirla a solas. De tal modo parecía imposible que a veces, aunque confusa, terminaba por aceptar mi destino y lo único que deseaba era alargar la mano y encontrar un cuello que acariciar aunque fuese para toda la vida

...me hubiese conformado, pero tenía rostro. Tu padre, es decir, el que después sería tu padre, sonreía a menudo: no entendía muy bien por qué, pero daba cierta tranquilidad verle siempre de tan buen humor. Era alguien a quien vestir de sueños, tan útil como una percha, tan a mano, creía, como un galán de noche aunque yo misma no supiera con certeza qué significaba todo eso: ¿tendría, por casualidad, la pretensión de obligarme a aceptar la responsabilidad de quererlo? Intención y compromiso ¿significaban lo mismo? ¿y qué, si no funcionaba? Es decir ¿hasta qué punto sería posible intentarlo sin quedar enganchada en las redes del compromiso social? Tendría gracia eso de estar buscando salidas y acabar atrapada en un cepo casi quedo.

Pero ni siquiera estas dudas pudieron detenerme. Veía a los hombres como seres cuya amistad me estuviera vedada. Imposible reconocerlos como humanos a no ser que, de alguna manera, respondieran a mis dotes de seducción: sólo entonces comprendía y, en el mismo movimiento, rechazaba: ávida, desalumbrada, solía pensar que aquel era un juego que no podía durar mucho, tan simples eran sus reglas. Y sin embargo jugaba, jugaba sin parar.

Encandilado tu padre con lo que pudo parecerle algo premeditado, no pudo resistirse. En el fondo, confesó más adelante, no daba crédito a su buena estrella: ¡era él quién, sin esfuerzo alguno, me había conquistado! Por una fracción de segundo, luego su ingenuidad dejó de parecerme ingeniosa.

Y por la misma razón, empecé a confiar en él y sentí su condición como amistosa y leve: no sería un obstáculo para la clase de libertad que yo buscaba. Fue como una revelación y casi sin darme cuenta empecé a incluirlo en mis planes: Se trataba, sobre todo, de hacer cosas juntos. A veces, me pedía que se lo explicase, no entendía qué cosa podríamos compartir, aparte de la cama

...no me molestaba porque sabía que su falta de visión no se debía a una ceguera congénita, sino, solamente, a la fuerza de la costumbre ¿qué otra cosa habíamos sido hasta entonces sino unas madres para sus hijos? —la paradoja es que, al principio, tampoco rechazaba la idea de los hijos ya que esta posibilidad formaba parte de mis planes siempre, por supuesto, que me dejaran decidir, ¡a mí! la buena hora—. Pronto empezó a decir que sí a todo, que bueno, como si hubiera entendido, y no era así, aunque se cuidaba muy bien de demostrarlo. A él, solamente le interesaba ir al grano o sea familia, hijos, vida tranquila, etcétera. Me aburría el hombre pero si yo hubiera intentado decir algo, estoy segura, tampoco me habría hecho caso. «Bueno, bueno, pero la familia también es importante ¿no?» Diría esto, o algo parecido «Claro, una parejita ¿quieres?». Y dale con la familia, la vida, la felicidad sin

...que buscaba desesperadamente la forma de permanecer mía y mía sólo, como condición indispensable de algo parecido a la supervivencia. Que reconocía con admiración el camino que en eso llevaban adelantado los hombres por el hecho de haber nacido. Que envidiaba ese poder elegir por derecho, aunque fuera nada más en las pocas cosas que en aquel tiempo estaban a su alcance, como escaparse, el pasaporte, carnet de conducir, permiso de caza o el título de ingeniero. Que yo sí, yo me veía reducida a la ridícula obligación de hacer proselitismo con mi supuesto redentor o marido, es decir tu padre, para tratar de convencerle de que sí, que bueno, pero que yo también podía ser algo más que mesonera de lujo, que quizá colaborando podría, podríamos los dos, llegar algo más lejos y luego, en fin, no era para tanto ¿o sí? , ¿acaso la simple idea de compartir altura suponía

demasiado? Nunca me dio una respuesta pero una de las veces que pidió mi mano, decidí concedérsela.

...podría decir. Aquel día estaba a la ventana y no era blanco, Era la luz del frío y el gris de las palomas de diciembre, todavía claro. Y es que si hubiera sido blanco al menos, hubiera hecho juego con mi mente, Pero era un helar sin verdadero color ni nieve, un tiritar crudo como de escarcha que no conseguía impresionarme. Dentro de la casa era un apercibirse de silencios y allá afuera las palomas jaspeadas y sucias. Abría y cerraba los ojos muy de prisa en un intento de acelerar los minutos, Y cada vez que lo hacía veía unas alas enormes como de ángeles desnudos, que se posaban en mis hombros con las piernas abiertas: eran dulces y pesados, suavemente olorosos como unas manos recién lavadas y tenían una ternura de carne tibia que me hacía desearlos. Desesperadamente. Con alas y todo.

No recordaba: podían haber transcurrido quince días o tres años: me sentía toda usada e incapaz de explicar lo que había pasado. Los días sí y ¿qué más? ¿cómo había llegado hasta aquí? Era tanto mi aturdimiento que me impedía pensar. Todavía no habían dado las siete y ya se había hecho obscuro. La tarde dejaba paso a una noche que se negaba a cerrar los ojos. Cuando hacíamos el amor, solía apagar las luces porque decía que no podía relajarse. Su vergüenza era como una espina de cabracho clavada en mi garganta. Y su torpeza... su torpeza una fiebre agotadora y seca, sin fin.

...echaba de menos las palabras! Quedábamos en silencio y ni siquiera oía el silencio de cuando una se calla: era más bien una oquedad, un vacío rancio. Sólo la lengua se ahogaba. Sumergida en saliva y en murmullos sordos que no decían nada, que dejaban pasar el tiempo amortiguados en su propia inercia. Y la inercia era de tumba; ocupaba los días con su peso todo helado, eternizada en su propia espera.

Cuando amanecía, la luz veteada me encontraba con los ojos abiertos, de serpiente ¡tan desvelados se me habían vuelto los párpados! Al poco, él extendía la mano para comprobar si seguía a su lado y entre sueños, suspiraba. ¿Tranquilo? No, simplemente confiado en la existencia de su mano, mi pecho, su brazo, mi cuerpo. Cuando sonaba el despertador, se levantaba, me besaba en la frente y volvía a salir hecho una ausencia.

No me preguntes cómo fue, quiero decir, el asunto de la boda y todo eso. Por fin nos casamos y ya estábamos juntos, ayuntados más bien, cuando esto de lo que te hablo. Una tarde, como otras tardes, a la ventana, sintiendo temblar los pensamientos. No había sentido nunca tanto frío. ¿De invierno, largo como un

pasillo subterráneo, oxidado como el olvido o simplemente muerto, de cadáver? Nada era lo que parecía. El círculo se había cerrado dejándome dentro. ¿Cómo no me había dado cuenta? Me acordaba del perro chico, años detrás de él y un día, cuando por fin me regalan un cachorro, empiezo a detestarlo: por ser mío y no poder decir que no, por estar allí, a mi merced y bajo mi única responsabilidad, por tantas cosas que me impedían deshacerme de él. Así tu padre: son. riente y con la cabeza vacía. Ninguna sospecha, ninguna duda. Apenas una tozudez insensata, un instinto ciego, el mismo que guía las grandes migraciones de rumiantes. En África. Exactamente el mismo.

Mientras tanto, era invierno. ¿Arrepentirse y salir corriendo? ¿Resignarse y tirar adelante? Creo que ya te he dicho que estaba completamente aturdida, necesitaba tiempo para pensar, pero esa luz no me dejaba. Luz casi blanca, sin serlo del todo, que impregnaba cada resquicio, cada célula de mi mente. ¡Ah, si volviera a recuperar mi alma! Aunque tuviera que enfrentarme sola a un jurado compuesto por mil hombres, doscientas madres y dos docenas de padres. Aunque tuviera que nadar desnuda desde la playa al faro, contra corriente. Diría siempre que no, que no, que no siempre. ¿A riesgo de quedarme sola? No, precisamente por eso, para volver a estarlo. Me había dejado robar el alma y casi desde el principio no hice sino soñar con recuperarla,

...pudieras no entender, pero el alma, lo mismo que el territorio, es una parábola de la libertad. No tenía mucha, pero, hasta entonces, se había mantenido en pie, como un árbol con raíces extendidas bajo las enaguas del suelo. Necesitaba una puerta. Y también una ventana: cabe mucho en ese pequeño espacio donde se huele al olor de tu piel y a silencio. No era eso de tener que levantarte por la mañana y automáticamente preguntar qué quiere el otro de desayuno. No, no era mucho, pero todavía hoy —me doy cuenta—, recuerdo aquella necesidad con la nostalgia de un deseo empobrecido y mudo. ¿Pensar en el futuro? bueno, en aquellas circunstancias, el futuro era impensable, había poco más que el presente y algún instante por la noche cuando el cuerpo se enroscaba a la tibieza de su espalda y permanecía así, acompasando mi respiración a la suya hasta que me adormecía. Recuerdo también un frío enorme: manos rojas y pies como estalagmitas dentro de las zapatillas, un vaho azulino entre los mosaicos del cuarto de baño, una penumbra de hoja de lata en los espejos constipados. Y era también una mano, o muchas, atareadas en no perder un minuto: sus hermanas siempre detrás de mis talones, empeñadas en esa misión apostolar que habían mamado de tu abuela. Decían que el mundo, y sobre todo España, necesitaba de esa prisa y que ellas estaban allí para ayudar. A la patria ¿te imaginas? Mientras yo escuchaba tangos, ellas hacían calceta para los pobres de la parroquia y para la

Escuela Municipal del Hogar. A tu padre aquello le encantaba. En fin, a tu padre le parecía bien todo lo que hacían ellas. ¡Me pregunté cientos de veces por qué no se habría casado con alguna de las dos! El incesto a veces

...y luego fuiste tú. Milagro más inesperado que un eclipse de sol al mediodía. Yo, Laura Morán de la Guardia iba a ser tu madre. No comprendí bien lo que quería decir eso hasta que el ginecólogo me dio la enhorabuena. ¡Ah! —grité muda de repente— ¡tampoco he podido librarme! y supliqué a Dios en silencio que me ayudara a conseguir lo imposible de permanecer a tu lado, pasara lo que pasara.

Pero bien ves que no me hizo caso. A través de aquel juego infernal de las casitas —al que nunca lograría acostumbrarme— había llegado a este compromiso. Y aquel no saber a donde dirigirme, aquellas indecisiones estaban excavando, empezado a construir las cunetas de mi vida. Tal vez fuera porque no te esperaba, o el miedo. Tal vez porque el mundo que te habíamos preparado no me gustaba, me sentía demasiado pobre, llena de angustia y desconocimiento de mí misma como para pensar en ti. Fuera por lo que fuera, la noticia me hizo llorar.

Después fue fácil acostumbrarme y encontrar una justificación a aquella lentitud mía que era como una especie de invernarse dentro del alma. Era un aprender amarte como quien cae en el vacío. El mundo empezó a girar suavemente en torno mío y decidí darte mis ojos y mis cejas, un pelo ondulado y la sonrisa ruidosa de los inocentes.

No quería recibirte con las manos vacías. Y como si de verdad tuviera prisa por cambiarlo todo, me puse a pintar almohadones y piedras para hacer pisapapeles y a forrar de cuadros azules un pequeño cesto que encontré en casa. Luego teñí de rojo las sillas de tu cuarto y me senté a esperar

...como el estruendo del agua al caer entre las rocas y el humo que forman las miríadas de gotas por encima de la espuma. Como el zureo de cien palomas que levantan su vuelo asustadas por los ladridos de un perro. Como el silencio del bosque un minuto antes de la amanecida, cuando los pájaros rompen a piar. Así me parecieron tus primeros llantos

...había crecido: poco a poco recuperado parte del territorio que me había sido robado. Y la Luna que tiempo atrás había acompañado mi vida. Cuando te tuve en mis brazos me alcé en una plataforma sólo comparable al infinito Everest. A mi alrededor, los montes y las cordilleras semejabán piedronas en forma de hongos, barcas, enormes hipopótamos de piel cuarteada. Me encontraba a dos pasos del cielo y al tiempo más cerca de la realidad que nunca. Mi realidad eras tú.

Después del parto, pedí que me retiraran la leche. Me pusieron una inyección y empecé a darte el biberón. Con los sentidos aguzados por el olor de tu piel, como si yo también respirara dentro de ella, te guardé en mi cuarto para que no pudieran despertarte. No dejaba acercarse a nadie.

Durante semanas, bebí de cada uno de tus suspiros. Un amor que dolía, Como una perra: aquella de la cuesta, en Portillo Alto, que subía y subía arrastrando el vientre mientras yo, arrastrándome también de casi nueve meses, la seguía con la mirada. ¡Nunca me había sentido tan cerca de ningún ser vivo! Yo era el yo de cada resuello suyo y ella tan humana como cualquiera de nuestra especie. ¿Sería posible —pensé entonces— que en cierto momento de la vida, el género universal y hembra se emparentara todo a través de la experiencia de la maternidad? Apenas un descubrimiento y ya me aterrorizaba la idea, la simple posibilidad de no poder escapar a ese destino. Recuerdo que por unos instantes quise estar muerta: No podía admitir sin repugnancia aquella identificación aquella

...y sin embargo te quería, eras más que mi sangre, más mía que cada una de mis células. Me dije: tal vez comprenda. Pero nunca pensé que pudieras necesitar ayuda ¡Tenías la fuerza de lo infinitamente minúsculo! sonreías cuando, al trasluz, te cogía los deditos de la mano para poder contemplar el rosa pálido de tu piel. Pero a medida que pasaban los días me desvanecía: ya no era nada y sentada, contigo en el regazo, mucho menos que nada.

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea. Aún antes de hacerla mía del todo, sabía que no tardaría en llegar. Aquella tarde, cuando se marchó a la oficina, decidí ir al cine sin avisar. En el Zorrilla ponían a las cinco «Duelo al Sol» y, no sé por qué, supe que tenía que ir a verla. No era fácil pero hubiera bastado con llamar a tu abuela y el problema de dónde-dejara-la-niña se hubiera solucionado enseguida. Pero no se trataba de eso: yo necesitaba averiguar qué margen de movimientos iba a tener en adelante. El caso es que sin saber si aquello era lo mejor o no, te eché un par de toquillas encima, cogí el chupete y te llevé conmigo al cine.

Cuando llegamos, procuré disimular, que no se notara mucho la mala conciencia. El portero nos miró preocupado: «[No le parece un poco pronto —que cuernos le importaría— para empezar a ir al cine?». Le aseguré que seguirías dormida durante dos horas por lo menos y me dejó pasar. No hubo problemas, ni siquiera te hizo falta el chupo: cada poco apretaba tu cuerpecito contra el mío para acunarte* parecías a gusto iy eras tan tibia! Al terminar la película, estaba lloviendo. Esperé un rato bajo la marquesina, esperé y esperé. Había transcurrido

media hora o tal vez más, de todas formas demasiado para lo que yo estaba dispuesta a esperar, cuando me di cuenta que si tu padre llegaba a casa antes que nosotras me vería obligada a dar todo tipo de explicaciones. Sin esperar que escampase, eché a correr bajo la lluvia mientras tú, calada hasta los huesos, no dejabas de llorar.

Esperaba. Pero yo atravesé la puerta como quien nada alga adentro: sumergida en un silencio sonoro de pulsos. Al cabo, habló y sin rudeza dijo «estaba tan preocupado» y te abrió los brazos. No supe qué contestar, pero por celos o seguramente a causa de la sorpresa, sentí una rigidez de alambre en la nuca. Después, cuando me di cuenta que él no iba a enfadarse, pude relajar los músculos poco a poco. Enseguida pensé —en la medida que era posible viéndote tiritar— pensé ¿cómo justificar —no, eso no, me había jurado no hacerlo— cómo explicar la inquieta deriva recorrida hasta llegar a ese instante en el que un pequeño, absurdo deseo había demostrado ser posible? sola y sin pedir permiso a nadie, había ido al cine: detrás de mí, el silencio de la casa, los miedos de los otros y la preocupación de tu padre. Buen balance aunque inofensivo, apenas prueba de que aún seguía viva fuera de ti y a pesar tuyo, prueba de que era, seguía siendo, algo más que tu madre y su esposa. Levanté la cabeza y le miré a los ojos. Supe que presentía todo lo que no acababa de entender y sin embargo, estaba dispuesto a esperar. Fue entonces cuando pensé que le debía algo: posiblemente, un poco de tiempo aunque fuera a fondo perdido. He de reconocer que, en su momento, esta idea me sorprendió ¿imaginaba acaso que en ese tiempo cambiaría algo? No sabría decirlo. Oh} y ahora que lo pienso, lo del cine... ¿fue contigo o con tu hermano? ¿será posible? no consigo recordarlo... Por aquellos días me engañaba soñando que la realidad era una cenicienta con un pie del tamaño de mi zapato.

...porque tenía que mirar el espejo para ver cómo me veían los demás. Una curiosidad difícil. Algo así como una resignación inquieta. Me hacía sentir muy sola. Con el desconcierto dentro y fuera de mí. Lo femenino era este desconcierto.

...otras hubiera querido borrar me del todo. Volver a hacer mi dibujo de carne con otros perfiles. No sabía bien por qué. Físicamente me gustaba al punto de no saber qué otra cosa, además de esa belleza, podían esperar los otros de mí. Pero sabía que esto era un engaño: de una forma u otra siempre habría gente que no me quisiera ¿acaso importaba? ¡oh, sí! era algo que necesitaba como el comer, más aún, su aprobación era una parte esencial de ese precario equilibrio que, tendido de orilla a orilla, recorría fiada de una endeble pértiga.

Vivía, me esforzaba, para un millón de irreconocibles ellos: aspiraba a encantarlos a costa de mi propia identidad y los quería a todos, hombres y

mujeres, bajo mi hechizo. No me conformaba con menos ¿puedes creerlo? Al cruzarme con las jóvenes estudiantes camino de la Universidad o del trabajo, lindas mujeres solas frente a un millón de pájaros volando, sentía cuan agobiante se había vuelto mi vida. Con gusto me hubiera enganchado a cualquiera de sus presentes con la única condición de que no excluyera ninguno de los otros —si exceptuamos el mío que era el único que no me gustaba—. Aspiraba a ser infinita, a poder elegir sin renunciar a nada, a atravesar, como luz divina, los cristales sin romperlos ni mancharlos. Pretendía volver siempre, viajes sabios cuyo destino fuera simplemente el regreso, un camino que la arena no borrara al alejarme y en donde mis huellas, definitivamente grabadas, permitieran, por si un acaso, recuperar el origen. En el fondo, quería pasarme la eternidad resucitando y volviendo a empezar.

Mientras dormías, daba vueltas a mi cabeza intentando poner algo de orden en tantas contradicciones. Me cansaba el esfuerzo que tenía que hacer para soportarme. A veces, con el tocadiscos a toda potencia —no parecía importarte—, dejaba que la música, como una esponja, me frotara el alma y borrara un poco la tiza de mis dudas, los monigotes de mis incongruencias. Ocurría al atardecer cuando me sentaba a esperar no sabía muy bien qué y tu padre llegaba. Entonces repetíamos las preguntas del día anterior, y también las respuestas. Sin darnos cuenta parecía que conversábamos. Luego, cuando una se ponía a pensar, era incapaz de recordar qué había dicho. Al día siguiente, todo volvía a empezar y así transcurrían los meses.

Una noche llegó con un montón de planos que dejó encima de la mesa. Dijo que necesitábamos otra casa. Durante algún tiempo, todas las tardes, discutimos sobre lo mismo. Por fin se decidió el traslado. Recuerdo aquel desorden como algo bueno. Una parte de algo, al menos. Y en efecto, el traslado tuvo un comienzo y un final y mientras tanto, la actividad que me llevó del uno al otro, me impidió pensar en nada. Un verdadero descanso. Después, volvió la rutina y yo seguía asomándome a la ventana, otra y la misma siempre. Me preguntaba hasta cuándo sería capaz de soportarlo. No, no sería. Hubiera hecho falta un milagro. Y ahora tenía la responsabilidad de no creer en los milagros. En este mundo de sendas, yo había elegido la mía. Equivocada, sí, era evidente. ¿Y qué? ¿A quién importaba?

Entonces me dió por comer: el paisaje de la despensa se convirtió en territorio de salvajes expediciones. Engullía el chocolate por tabletas allí mismo, sentada en el suelo, sin parar. Un día, después de la siesta, abrí un bote grande de leche condensada y juré que no me movería de lo oscuro —no quería que me vieran las muchachas— hasta que terminase con él. Con un abrelatas hice un agujero a cada lado y, tumbada boca arriba, imaginé que era la ubre de una vaca y yo su

ternero. Como un útero esponjoso y tibio también imaginaba. Sentía mis lametadas como una golosa inconsciencia que poco a poco me iba atiborrando de arcadas: cada vez más asquerosa, más gorda, cada vez eran mayores mis ganas de vomitar. Pero no cejaba: lo había decidido,

Y era tan fuerte aquel pequeño acto de voluntad que parecía suficiente para pasar por encima de mi cadáver. ¿por qué una hace lo que hace, a pesar de conocer perfectamente las consecuencias? Nunca lo he sabido. Me lo he preguntado muchas veces pero no he encontrado la respuesta. Cuando terminé con el bote, me levanté a duras penas del suelo: iría a mirarme al espejo. ¡Inmediatamente! Eso hice. Como un castigo. Sentía una curiosidad especial por verme de perfil, abotargada, con el vientre hinchado, una necesidad urgente de darme asco, de dárselo a todo bicho viviente incluido tu padre. En el fondo, se trataba únicamente de eso, la forma más fácil de tener algo que echarle en cara.

...entonces ¿es que no había aprendido nada? Me dormí de nuevo y cuando desperté era de día. Miré el reloj: todavía quedaban tres horas para el desayuno. La calle —pensé— estaba desierta. Iría a dar un paseo. Me vestí a oscuras para no despertar a tu padre y salí a dar una vuelta. Hacía un frío húmedo y pegadizo que jugaba con la niebla a empañar los alientos. A lo lejos, la campana del convento de Sta. Ana daba las seis. Eché a andar hacia la Estación con la vista pegada en los aleros de las casas: gárgolas desconocidas, desconchados silenciosos, había balcones enrejados de un orín lustroso que nunca había visto y un mundo de oquedades habitado por palomas. Inquieta y aterida buscaba —ahora lo sé— lo inesperado cotidiano, esos pequeños gestos de la suerte que te permiten atesorar instantes de eternidad —¿dónde he leído yo eso?—.

Pero él dormía.

Y yo miraba y miraba y a veces veía: Un nueva encina plantada no sé donde, el olivo, recién descubierto, casi al pie de la catedral. Miraba, como miran los recién llegados a una ciudad desconocida: Ahí estaban, el ininteligible asfalto de los rincones, la estrellada humedad sobre los muros, la población de pensamientos sobre el césped. Y quería llevarlos conmigo para en caso de soledad, pero se hacían humo. Apenas apartaba la vista se desvanecían y si ahora me acompañan, te digo, es porque me los invento, porque quiero recrearlos y me parece justo que, en aquellas madrugadas, vinieran conmigo.

Debían ser las ocho, hora de volver. Algunas mujeres salían de casa con el velo y, después de santiguarse, se dirigían a sus piedades. Los hombres al trabajo. Algunos vacilaban como perros a la vista de una esquina ¿No sabían el camino? Quizá vacilaban porque los sabían equivocados. Todos. Alguien debía de haber borrado el suyo, el que les estaba destinado, de la faz de la tierra y

...miré de nuevo el reloj: recogería mi cuerpo, reducido a los frágiles límites de su piel helada y lo llevaría conmigo de vuelta a casa para gastarlo en calderilla, en el imprudente juego de vivir. La forma en que me miró tu padre cuando abrió la puerta —yo había olvidado la llave como siempre— me hizo adivinar: ha vuelto a equivocarse, cree que he ido a misa. Se suponía que una buena esposa no lleva la contraria a su marido. ¿Te has olvidado el velo? Hice un gesto indefinido. No hizo comentarios. Cuando al cabo de algún tiempo vino a decirme que la gente murmuraba al verme en la calle tan temprano, se me escapó una carcajada: esperaba algo parecido. Después, al quedarme sola me eché a llorar como quien desata y taja los nervios y los deja desflecados sobre la colcha.

...aprovecharía su ausencia para violar el pacto. Para cuando pudiera echarle en cara de nuevo sus preguntas. Y eso, desde que presentía el nuevo embarazo. Lo guardaba en secreto como un velo que lanzar al rostro de los curiosos. Y a él también cuando preguntara ¿de dónde vienes? y yo, acerada, ¿celoso? como un buque en un estanque ¿te das cuenta? y le recordaría al Catarro, el tierno marinero de los patos.

Pero era demasiado temprano para decirle todo eso porque, en realidad, ni yo misma lo sabía. Es que gozaba con el placer de construir situaciones inventadas, quería que supiese, cuando viera el volumen de mi vientre, que podía abrirme al espacio, multiplicarme, que sabía ocultarme en lo blando de la carne, sin su ayuda. ¿Que aquello era un egoísmo por mi parte? Sí, lo era, pero ¿a dónde había ido a parar su promesa de no hacerme más hijos? ¡Lo había jurado! así anegaba su mundo. ¿Lo comprendes? Después, nació tu hermano.

...fue uno de aquellos días, encaminándome de nuevo hacia la estación por la Acera de San Francisco, cuando le vi andar a mi lado y mirarme como si pasara un dedo por el alrededor de mis labios... pero qué digo, no exactamente alrededor de mis labios y no exactamente un dedo aunque no veo cómo puedo decirlo de otra manera o más bien, dejarlo escrito para que tu alcances a entender el mundo de mis sentidos, que no sentimientos, afilados, a tortas contra el esternón ¿sabes? Y si no ahora, puede que más adelante cuando, inesperadamente cerca, un cuerpo o también la sombra de un cuerpo, te toque y te hagan sentir más dolorosamente de carne que nunca. Pero entonces, ya digo, era él, en una geoda luminosa de la mañana casi mineral, casi cristalizada, camino de ninguna parte, que nos encontramos por primera vez y yo me detuve del todo pasmada como si estuviera rodando dentro de mí a toda prisa y con los manillares descolados y lo primero que miré fueron los pies y después, cuando tuve que seguir mirando, su mano extendida en un gesto mitad golfo mitad caballero, le oí decir: «Raúl, para servir a Vd.». Y mientras me aproximaba sin saber lo que estaba haciendo —¿Cómo

hubiera podido saberlo?— contestaba «Laura, encantada de conocerle» y no sé por qué, al decirlo, me volví orgullosa de él como si nos conociéramos de toda la vida y eso me tranquilizó un tanto y recordé lo desafortunadas que me parecieron siempre las gentes que no miran, esas que tienen ojos pero no ven, blindadas como van por la vida, y después te cuentan cosas que otros les han contado, sin vivirlas claro, y sin darse cuenta que lo mismo nunca es lo mismo para todos

...hablando... si no es molestia. ¿Sí...? Podría indicarme... la Puerta del Príncipe. Qué... ¿qué, qué? Yo... creo que no es por aquí. Me lo temía. La Puerta... No, si ya no importa, así es mejor: Vd. y yo y es más largo el camino que andar hasta donde Vd. quiera, si le parece.

Bajé la cabeza, no con culpa, sino como niña que ocultase picardías y seguimos andando

...se trataba ¿Cómo decirlo? de un recuperar el fluir del sentimiento de mi ser hacia otro ser, como si un cauce antiguo y desecado se ondulara fuera de la superficie de la tierra y alzándose en la tormenta se hiciera con la cortina vertical de la lluvia y, atrayéndola hacia sí, llenara sus fauces. Y en eso se parecía mi amor al cauce, por unos instantes casi lleno cuando tu padre y de repente, desecarse la humedad, evaporada, y ver aridecer los días como quien se asoma al desierto, y no sentir nada porque el trasfondo de aquel secadal en que se había convertido mi alma no daba sino para abrojos y otras rutinas.

Con Raúl, enseguida lo supe, no tenían mucha importancia las palabras. Había, entre nosotros, un sobreentendido constante e inexpresable. Como cuando me enteré, un poco más tarde, que había sido amigo de tu padre o que, desde que me vio por primera vez en uno de aquellos paseos, había decidido volver a serlo de nuevo. Sí, el único modo de explicar aquella insania sería volver a vivirla. Volver a sentir el gran hambre que me provocaba su sola presencia. Verás, creo que podrás entenderme, cuando te ocurra algo parecido: una se vuelve egoísta al punto de perder la memoria y las sensaciones, mejor dicho, la búsqueda de esa violenta frescura que te invade en cada gesto, se convierte en una obsesión, en un vaciarte de ti misma que no da tregua y que solamente el instinto de supervivencia permite controlar dentro de unos límites razonables Mi instinto de supervivencia es radical. Era.

A nuestro encuentro siguieron días de tanteo irreversible. Pude darme cuenta cómo podía el tiempo correr en una dirección mientras mi sangre corría justamente en la contraria: hacia el origen. ¿pero es que nadie se daba cuenta de nada? Parecía imposible. Me acostaba siempre con el presentimiento de alguna catástrofe: tu padre, al enterarse reaccionaría violentamente y me echaría de casa. ¿A dónde hubiera podido ir? No lo sabía, pero de tanto pensarlo llegó un momento en que dejé de tener miedo, es más, estaba deseando que ocurriera algo. Me acordaba de la mujer del evangelio, de las piedras, y pensaba que el deseo se llevaba como una máscara de carne sobre el rostro «Que todos me llamen adúltera cuando ni siquiera. imposible terminar la frase de tan incoherente como sonaba.

En alguna ocasión me paré delante de él, preparada para hablar, pero al instante cambiaba de opinión: no conseguía encontrar las palabras exactas y temía no tener todas las respuestas necesarias, en realidad, me decía, el verdadero problema es inexplicable: estaba segura que nadie, y menos que nadie tu padre, perdonaría aquellos sentimientos.

Me levantaba de la cama, preparaba el desayuno y hacía como que vivía. Habían pasado siete —¿ocho?— años desde nuestra boda y pensaba dios, ¿será posible? ¿es que esto no hay quien lo pare? Noches encapotadas de presagios, días y días que amanecen y no existen. Pero dios no contestaba, no decía absolutamente nada.

Fue entonces cuando me olvidé de dios y decidí que había llegado el momento de hacer algo. Hacer algo o morir de inanición: mi alma se estaba debilitando y no podía pedir clemencia sino a mí misma. Pero había perdido la capacidad de oírme y sin querer me desentendía de mi propio sufrimiento: únicamente me contentaba la esperanza, mejor dicho la obsesión, de empezar de nuevo dejando atrás el fardo en que os habíais convertido todos.

Se lo dije a él. «Aguanta» contestó. Delicadamente muerta, aguanté, creo, un par de meses más.

...a solas, nos veíamos, hacíamos el amor con la mirada. Nos veíamos y mordíamos suavemente el fruto que estaba creciendo en nosotros como un desastre. Con ternura, a veces con desesperación, nos mojábamos el uno al otro de sudor y de lágrimas. De culpa. Y para mí era buena esta especie de arrepentimiento que sentía cuando le tocaba. Sobre todo porque sabía que estaba siendo yo como nunca, sin ninguna distracción. Sabía también que aquellos encuentros, siempre breves, eran la única prueba de que aún sobrevivía: mi cuerpo era. Y su cabeza se apretaba a veces contra mi vientre como si le perteneciera. Y su mano, suavemente entre mis muslos, me devolvía la piel

...sin pensar en otra cosa que no fuera aquel derramarse, pasábamos desapercibidos entre el resto de la gente. Nunca supimos de nadie que fuera con el cuento a tu padre. Pronto advertí que en aquella impunidad, cada vez más arriesgada, residía parte del vértigo del que te he hablado antes, esa especie de droga que exaspera el resentimiento contra uno mismo y, al mismo tiempo, endulza la caída. Una adición. Una voracidad silenciosa. Insaciable: siempre era la primera vez. Adivinaba cuándo él se adormecía a mi lado porque sentía una libertad intraducible, perfecta y sabia, en cada una de las regiones de mi cuerpo por donde él había transitado. Y, sin palabras, me oía pensar «así debe ser la felicidad» y yo también cerraba los ojos no fuera que el resplandor de este pensamiento me cegara.

...me había ido despidiendo. No sé desde cuándo aunque imagino que fue casi al principio, desde que comenzó todo. Como si no os perteneciera. Estaba allí y atendía vuestras necesidades como atiende la sed del caminante una fuente:

manaba palabras y caricias y pequeños preparativos en secreto. Tú eras muy inteligente: había entre nosotras una competencia especial, como unos celos. Por la noche, me acercaba a tu cama y en voz baja, para no despertarte decía: Te quiero, no sabes cuánto te quiero. Y me invadía una gran paz

porque me había atrevido a decírtelo: no te gustaban los abrazos. En cuanto a tu hermano, fue difícil aceptarlo; durante semanas, después de su nacimiento, me esforcé en quererle. Pero el esfuerzo de amar a contracorriente me hizo daño y a él también. Engañan los que dicen que el amor de madre es espontáneo. No siempre. No nunca. Es como el amor de otros amores pero más perfumado. Pero yo sabía que no estaba destinado a durar. Por eso y porque yo andaba lunática, no supe hacerlo bien.

.. .con claridad: nunca hasta entonces había tenido una sensación de claridad tan absoluta: tenía que hacer algo fuera de esperar continuamente: las horas de la comida, las llamadas de los encuentros furtivos. Ni siquiera entendía muy bien lo que una parte de mí misma había decidido: salir a trabajar, buscarme un empleo como si mi vida dependiera de ello —¿acaso no era cierto?— pero, bien sabía yo que aquella sería la última prueba que tu padre soportase, el penúltimo giro de una tuerca pasada de rosca: no poder conmigo le había calado tan hondo que ni siquiera se preocupaba ya por reflotar su desconcierto. De algún modo, se había ido dando cuenta que nunca llegaría a conocerme y que sólo a él cabía aceptar a una siempre desconocida o rechazarla del todo.

Cuando se lo dije, pareció meditar largo rato «supongo que harás lo que te de la gana» dijo por fin. Y lo hice, es decir, no hice nada sino querer por querer lo que no tenía al alcance de la mano. Entre tanto, seguía dando vueltas por la casa y cambiando el agua de los floreros. Las muchachas se encargaban de todo y los abuelos de vosotros. Yo, en la frontera de una realidad cada vez más inaceptable, Tu padre, en el reino de las musarañas: me veía a su lado como quien se fija apenas en los árboles transformados por el cambio de las estaciones: pelados, con hojas o cubiertos de escarcha.

Si alguna vez nos acostábamos juntos, lo hacíamos esporádicamente. Desde que nació tu hermano, era como de paso, sin sed ni ternura. Al volver a mi cuarto, sentía una rabia tan grande que era como un dolor violentísimo a la altura de los pulmones, el aire se resistía

...la culpa, si acaso yo, la única, enamorada del amor y desenamorada de un hombre que en nada, prácticamente en nada, había cambiado desde que nos conocimos. La verdad no tenía explicación posible, no tenía siquiera la posibilidad de ser comprendida. Aquel cansancio de ser yo la que era, aquel aburrimiento, no aceptaban otro origen que mi propia, inquieta alma. Aquel no resignarse se había vuelto por completo insoportable y eso era lo único que importaba. Era como si, ahora que ya me había decidido, mi amante se hubiera convertido en una simple anécdota: lo dejaría todo —vosotros erais todo— para

empezar de nuevo. Ese deseo mío de empezar algo, casi cualquier cosa, era uno de los sentimientos más urgentes que había tenido nunca y cuanto más me contenía, más radical se volvía.

Se acercaban las Navidades. Gracias a los preparativos de las fiestas pude disfrazar mis prisas. Dije «es hora, me voy». Y como quien no tiene fuerzas para tener toda la libertad que cabe en el alma, dejamos de vernos durante algunos días. Él dijo que me seguiría a Madrid después de hablar con su mujer. Cubrí con esmalte de miedo las puntas de mis nervios y le dejé hacer lo suyo porque ahora, extrañamente, era yo quien sentía ganas de aprender a estrenarme sola. Y aquel aprender, por falta de práctica, hacía daño, me retorció el gesto que se volvió sombrío y todo el mundo sin saber, decía al verme que no había vuelto a ser la misma desde que nació tu hermano

...y querer hacer algo en ese preciso instante y no poder razonar en nada salvo en eso, el puro deseo de hacerlo caiga quien caiga, llena de soberbia diabólica y suicida que desafía a la oportunidad y al tiempo; querer queriéndolo, con una urgencia que se olvida a sí misma en su huida hacia adelante y va dejando desgarrones de la propia carne enganchados en los sarmientos de lo real, obstáculo insalvable y transparente, como una hidra, empeñada en deslizarse entre los juncos picudos

...en ese universo quimérico, cada gesto resultaba definitivo. No lo sabía, pero todos los demás formaban parte del mismo vedado: me contemplaban, apaciguaban mi ánimo, procuraban distraerme... lo hacían inconscientemente salvo tu abuela, la madre de tu padre, que lo supo, estoy segura desde el principio. Callaba. Curiosamente, era la única con la que yo hubiera querido hablar, avisar que huía, que abandonaba el cerco. No fue necesario, cuando dije que me iba, me miró. Luego, en un aparte, quiso saber si me quedaría en Madrid mucho tiempo y si pensaba ir sola o con vosotros. Mentí diciendo que era un viaje de ida y vuelta y volvió a mirarme como si estuviera bebiendo y quisiera llenarse de toda la visión que tenía delante. Después susurró: «por favor, no te lleves a los niños». Creo que intentaba librarse del miedo a perder a sus nietos como quién intenta cruzar descalzo las pavesas: alumbrado y en volandas. Pero yo supe y ella también, y las dos callamos.

...puede sentirse con fuerza o no sentirse. Puede ser que una desee algo con verdadera obsesión y entonces es sólo cuestión de tiempo que lo consiga. O bien puede que el deseo se aparezca, más bien, como una sombra nunca lo suficientemente clara o con un precio demasiado alto —frecuentemente— y

entonces sucede que nos quedamos sin él, o imaginamos que nos quedamos sin él, porque no podemos alcanzarlo y la tranquilidad vuelve a nosotros. Pero, créeme, es una tranquilidad muy frágil que se instala en el círculo de nuestras querencias de forma incoherente, como diseminada en islotes de arena junto a la orilla de las olas. Tan junto a la orilla que la marea termina lamiendo sus faldas, poco a poco, poco a poco, hasta que se deshacen. Entonces, al mismo tiempo, te quedas sin tranquilidad y sin deseos. Mi vida se estaba gastando y algo me decía que no quedaba tiempo. Pero seguía sin disminuir en mí, esa gana que era como el hambre y que no se saciaría hasta haber mascado bien el último, deseado minuto

...que no era fácil, eso lo supe más tarde, porque se excluía de puro contradictorio y no podía detenerme a pensar si en el futuro, que ya entonces imaginaba no demasiado largo, me dieran a escoger entre él-amigo y él-amante ¿con qué me quedaría? Desde aquel momento, quedé atrapada en este cruce de sentidos sin saber por cuál decidirme.

Y soltaba amarras, guardaba vuestra ropa y llenaba la despensa con lo necesario para cuando ya no estuviera. Hablando sola, me decía «si pudieras escoger», sin darme cuenta que la elección estaba hecha y que si en tu padre había encontrado a un buen hombre —y no había sido suficiente— ahora ni siquiera podía saber qué buscaba en el otro como no fuera precisamente eso, que lo era y distinto... Cavilaba tratando de darme ánimos porque de repente la huida, mi amor y el futuro se fundieron en una sola, mayúscula equivocación

...superadas las primeras vueltas, lograría por fin un pleno, abriría mis ojos a la sonrisa de los dados, al todo o nada de mi propio albedrío. Y no tendría a nadie a quien echar la culpa sino a mí misma. Por oleadas me invadía la dicha y por oleadas me invadía el temor a ese reconocimiento. Por fin sola. ¿No era grandioso? Me di cuenta que, comparadas con el inmenso placer de sentirme mía, las equivocaciones o los aciertos no tenían ninguna importancia.

Tu padre me acompañó a la estación. Pensé que, llevando a tu hermano, todo parecería menos definitivo. No le había dicho nada: hasta el último instante esperé una pregunta, un gesto, algo que me diera a entender que sospechaba, Pero no ocurrió nada. Nada. Cuando el tren salió, le mire por última vez. Seguía allí, en el andén, haciendo gestos con la mano. Dos días después, llamó por teléfono y me preguntó si necesitaba algo, si quería que me enviase el cochecito del niño que, según él, yo había dejado olvidado. Respondí que no, que no necesitaba nada y que, hablando del niño, sería mejor que enviara alguien a recogerlo porque yo no pensaba volver

Laura Morán de la Guardia murió en accidente de tráfico en 1.965, dos años después de haberse separado de César, con el que nunca llegó a casarse. No tuvo más hijos. Entre sus cosas, y casi destruida por el fuego, se encontró esta carta dirigida a su hija María y fechada algunas semanas antes de su muerte.